

Formación en competencias básicas de personas adultas: la diversidad en el aula

3. Retazos de vida: nuestro alumnado

Grupo de trabajo:

Xavier Aranda, Mònica Díaz, Alfons Formariz (coord), Marta Martínez, Bep Masdeu, Natàlia Núñez, Isis Sáinz

Con la colaboración de:

Eva Bayarri, Ferran Bolós, Meri Chiné, Mireia Escobar, Victoria del Àngels Garcia y Gabriel González



Universitat de Barcelona

Edició



Primera edició: octubre 2015

Edició: Institut de Ciències de l'Educació. Universitat de Barcelona
Secció Educació y Comunitat
Ps. Vall de Hebrón, 171 (Campus de Mundet) - 08035 Barcelona
Tel. (+34) 934 035 175; ice@ub.edu
Consejo editorial: Antoni Sans, Xavier Triadó y Mercè Gracenea

Colecció: Educació y Comunitat, 17

Esta obra está sometida a la licencia Creative Commons 3.0 de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada.



Se puede consultar la licencia completa en:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/deed.es>

Formariz, A. (coord.) *Formació en competències bàsiques de persones adultes: la diversitat a l'aula. 3. Retazos de vida: nuestro alumnado*. Barcelona, Universitat de Barcelona (Institut de Ciències de l'Educació), 2015. Document electrònic [Disponible a: <http://hdl.handle.net/2445/670923>].

URI: <http://hdl.handle.net/2445/670923>

Dipòsit Legal: B-24862-2015

Índice

| | |
|---|----|
| Justificación de este trabajo: una ausencia..... | 4 |
| Hoja de ruta | 6 |
| Retazos de vida: nuestro alumnado | 7 |
| Martina y la meseta de Bolivia | 7 |
| Luz nació en Cuenca | 9 |
| Compartiendo vidas: Fàysal, el mejor compañero de piso | 11 |
| Famhida, “la labor del topo” | 16 |
| Rashida, a los pies del Atlas..... | 18 |
| Ni hao, Li!..... | 20 |
| Aisha, una menor no acompañada..... | 21 |
| Karima, Fátima y Milouda, mujeres trabajadoras..... | 27 |
| Hicham y Nígor, con estudios reglados | 28 |
| Lèssia, nacida en Ucrania..... | 31 |
| La esperanza de Mustafà..... | 31 |
| Sin hogar: alegres e indignados..... | 36 |
| Roberto, busca una nueva vida | 37 |
| Andreu, portero de discoteca..... | 38 |
| Mimouna y Nadia, dos adolescentes muy diferentes..... | 39 |
| Tomás, sencillamente “el loco” | 40 |
| Néstor, el aprendiz sin fin..... | 43 |
| Hans, una estancia intensiva de formación..... | 44 |
| Lena y Marit, a la aventura | 46 |
| Juanita, la lucha por la autonomía | 47 |
| Carme Raichs: creatividad, energía y vida a través de la palabra | 49 |
| Breve reseña profesional del grupo de trabajo y de las colaboraciones | 51 |

Justificación de este trabajo: una ausencia

En cualquier aula, sea de niños, de jóvenes o de personas adultas, todos los alumnos son diferentes, con sus peculiaridades en el proceso de aprendizaje y con todo un bagaje de saberes (conocimientos, saber hacer y saber estar) acumulados a lo largo de su trayectoria vital; por lo tanto, encontramos diferencias notables (lógicas y necesarias) entre unos y otras. Pero mientras hay una abundante literatura sobre el trabajo de las diferencias en el aula en primaria y secundaria, es decir, en la infancia y la adolescencia, no es fácil encontrar reflexiones y prácticas sistematizadas o buenas prácticas sobre la gestión de las diferencias en los cursos o talleres destinados a personas adultas. La bibliografía es muy reducida, las pocas revistas especializadas contienen numerosos artículos que reflexionan sobre la diversidad desde diferentes ángulos, pero con pocas descripciones de recursos o limitados a aspectos muy concretos¹. Por esta razón, un grupo de profesionales de la formación de personas adultas, desde prácticas y campos muy variados —escuelas de adultos, centros cívicos, enseñanza del catalán para adultos, centros penitenciarios o entidades del tercer sector—, pero con esta realidad compartida, hemos puesto en común las experiencias de nuestro trabajo en el aula o en cualquier espacio educativo, para pensar, ver los claroscuros y que estas reflexiones y relatos sirvan para compartirlos con otros compañeros.

Este es el origen de este documento visto en su globalidad: recoger relatos cotidianos de éxito ante situaciones de diferencias en el aula, aunque no siempre el éxito aparente o externamente constatable acompaña nuestra docencia. A menudo se nos crean incertidumbres, dudas, sensaciones de ambigüedad, dilemas, disyuntivas, perplejidades en la acción pedagógica. Hemos querido recoger también en nuestros relatos todas estas sensaciones que nos acompañan y que forman parte de nuestro quehacer profesional. Con un hilo conductor o un convencimiento profundo: que todas estas situaciones tienen que ayudarnos a discutir nuestra práctica para intentar positivarla. Creemos que esto ayuda a las personas jóvenes y adultas que aprenden, pero a la vez a los que enseñamos, en este círculo virtuoso en que se comunican y se intercambian enseñanza y aprendizaje desde responsabilidades diferentes, la del profesorado y la del alumnado.

[1] Sin ninguna intención de exhaustividad, bastante difícil, sino imposible en este campo, hemos consultado las licencias de estudios y una parte de la bibliografía que comentaremos en el apartado cuarto de este documento. Hemos revisado también revistas específicas de educación de adultos y algunas de Educación Social, como *Diálogos*, *Papers d'Educació de persones adultes*, *Educació Social*, *Cuadernos de educación continua* y *Quaderns d'educació social*.

El documento final constará de cuatro apartados que irá editando el ICE de la UB progresivamente: (1) relatos de clase, que por su extensión hemos dividido en dos entregas editadas por separado (I y II)²; (2) los criterios que han orientado este trabajo con la bibliografía consultada y una muestra de actividades cooperativas, también por su volumen dividido en dos entregas (I y II)³. La primera (I) con los criterios que fundamentan nuestro trabajo y una muestra de actividades cooperativas pensadas para la formación en competencias básicas y la segunda entrega (II) con otra muestra de actividades cooperativas pensadas para la formación instrumental y la bibliografía comentada por el grupo de trabajo; (3) retratos vivos de algunos y algunas de nuestras alumnas [el que estáis consultando en estos momentos] y (4) retratos vivos del profesorado que se editará más adelante.

[2] *Formación en competencias básicas de personas adultas: la diversidad en el aula 1. Relatos de clase, recortes de vida (I)* [<http://hdl.handle.net/2445/32304>] y *Formación en competencias básicas de personas adultas: la diversidad en el aula 1. Relatos de clase, recortes de vida (II)* [<http://hdl.handle.net/2445/33525>]

[3] *La esencia o aquello que queda después de quitar lo que es superfluo (I), con una muestra de actividades cooperativas* [<http://hdl.handle.net/2445/65695>] y *La esencia o aquello que queda después de quitar lo superfluo (II), con una muestra de actividades cooperativas y bibliografía comentada* [<http://hdl.handle.net/2445/67092>]

Hoja de ruta

Hemos querido reflejar en este apartado la diversidad de nuestro alumnado. Lo hemos hecho desde la voz del profesorado, en el sentido amplio que damos a este término: todo aquel o aquella que ejerce una tarea docente, de acogida o de mediación, sea desde las instituciones públicas o desde las entidades del Tercer Sector, que son tan presentes y mayoritarias en la enseñanza/aprendizaje de la lengua como L2 a niveles iniciales y básicos, y en el proceso lectoescritor. Podíamos haber dado la voz a nuestro alumnado y que hablaran en primera persona. Pero en su situación de desconocimiento o poco dominio de la lengua que se da en estos niveles, la intervención del profesorado en la redacción habría sido tan notable que hemos creído preferible hacerlo directamente.

Todas las vidas son reales. Evidentemente con los nombres cambiados y en algunos casos también hemos cambiado el lugar de origen para dificultar la identificación. Hemos recogido relatos de personas, jóvenes y mayores, mujeres y hombres, la mayoría “nueva ciudadanía” pero también personas que llevan más tiempo aquí, las “autóctonas”. Historias reales de todo el mundo con toda la riqueza que desprenden y el sufrimiento a menudo ocultado.

Estos relatos de vida se han ido recogiendo a lo largo de unos dos años o más. Durante el tiempo en que los fuimos redactando, la “crisis” ya había aparecido y se empezaba a notar. Las capas más débiles de la sociedad, como muchos de nuestros alumnos, empezaban a sufrir las consecuencias, fundamentalmente el paro, los desahucios, la pobreza. Pero todavía la situación no tenía la trascendencia que ha adquirido en estos últimos años. Algunos de nuestros alumnos tenían en el marco de su red social algunas esperanzas. Unos iban a Inglaterra, otros a Francia, algunos a Bélgica a buscar trabajo. Después de unos meses los volvíamos a encontrar desesperanzados. Algunas entidades tuvieron que cerrar los horarios de tarde-noche porque el alumnado tenía que hacer cola ante los escasos albergues y encontrar un lugar para dormir. Si hubiéramos recogido los relatos de los “sin techo” y la desesperación de los sin trabajo este documento habría sido inabarcable.

Para acabar esta hoja de ruta, aunque dedicaremos la entrega siguiente y última de este documento al profesorado, el profesorado que ha escrito estos resúmenes de vida queda reflejado en sus pulsiones internas y en su comprensión profunda de qué significa ser profesor o profesora con estos colectivos tan diversos. No hay ningún relato escrito desde la distancia. Pero la proximidad a las personas, al alumnado, la comprensión de su situación, a veces el compromiso personal adoptado, refleja formas de hacer diferentes y de comprender la tarea de acogida, de enseñanza/aprendizaje de la L2, de la lectoescritura o de la mediación.

Retazos de vida: nuestro alumnado

Martina y la meseta de Bolivia

Martina es una mujer de mediana edad. Nació en la meseta de Bolivia en una familia *aymara* que cultivaba una pequeña parcela donde sembraban papas, avena y en los lugares más húmedos un poco de maíz. El pueblo era muy pequeño, las calles de tierra, el frío y las heladas frecuentes, incluso en verano. Las altas montañas permanentemente nevadas se veían cerca, parecía que se podían tocar, y brillaban blancas cuando salía el sol. Cuando me lo intenta explicar con un castellano muy incipiente, con una sintaxis torpe, su mirada queda un momento perdida.

La cuarta de siete hermanos nunca fue a la escuela. El trabajo quedaba un poco lejos. El padre, la madre y los otros hermanos más grandes tenían que ir al campo y muchos días no volvían hasta la puesta del sol. También los abuelos – el *jach'a tata* y la *jach'a mama* tan entrañables – tenían que irse a menudo y la dejaban sola con el *jilata* y las *kullaka* más pequeñas, sus hermanos. Recuerda una infancia feliz, jugando con los niños, la sopa de *chuño*, el *ají* de carne, la quinua y los días de fiesta, la *tunta*. Recuerda las *vicuñas* y los *chanchos*, el matecito de coca, el aire de la montaña y las pocas tormentas que resonaban en la planicie.

Se casó joven. Tuvo dos hijos, pero al poco de tener el segundo, el padre se fue a Estados Unidos para intentar encontrar trabajo y llevárselos a todos. No lo ha vuelto a ver nunca más. Alguna vez, muy, muy de vez en cuando, ha recibido noticias de conocidos que dicen que está bien, pero que se ha vuelto a casar. Esperando, esperando, tardó en tener pareja de nuevo. Se sentía un poco mayor. Dos hijos más, un niño y una niña. Esta vez tuvo que irse de casa de sus padres y se fue a casa de los nuevos suegros. No había comida suficiente para tanta gente después de unos cuantos años de malas cosechas.

En la nueva casa, más cerca de la ciudad, la vida también era muy difícil. Hasta que su marido decidió venir a España a encontrar trabajo animado por su hermana que había emigrado no hacía mucho. Primero trabajó en el campo de Lleida. Después en la construcción en los alrededores de Barcelona. Eran los años del boom inmobiliario. Martina no tardó en hacer las maletas y venir a Cataluña. Pocas veces había salido de su pueblo. Una o dos veces había ido con su padre a La Paz a vender fetos de “llama”, y unas cuantas más a las fiestas de Aconchagua, una ciudad pequeña que no estaba muy lejos de su casa.

El marido vivía en Sabadell en un piso pequeño con su hermana, que tenía un hijo. Les habían dejado una habitación a cambio de ayudar en el pago del piso, la luz y el agua. Martina no se encontraba a gusto, pero no podían pagar un alquiler y los gastos de un

piso para ellos solos, ya que cada mes enviaban una cantidad, lo que podían, a los abuelos que cuidaban a sus dos hijos. Los mayores del primer matrimonio, me explica, habían ido al Alto de La Paz y decían que no les iba mal.

Volvemos a los pequeños. Gracias al envío de dinero, los niños podían ir a una “escuela buena”, con unos anoraks y unas deportivas que provocaban la envidia e, incluso, en la escuela celebraban las fiestas de sus aniversarios con grupos de animación. Me enseñaba orgullosa las fotos de sus hijos y me decía que les habían hecho un vídeo de la fiesta y que un día me lo traería. Bajaba cada dos días a llamarlos a un locutorio de un pakistaní y Martina, una mujer muy alegre y dispuesta, a menudo acababa pronto la conversación telefónica porque no quería que sus hijos la oyeran llorar.

Para ahorrar y poder alquilar un piso propio, otra boliviana le recomendó trabajar de interna en una casa donde vivía una abuela con dificultades de movilidad y uno de sus hijos, de mediana edad o mediana edad y media. Libra los sábados por la tarde y los domingos, hasta los lunes por la mañana temprano. El sábado al mediodía coge el tren y se va a Sabadell con su marido y la familia de su cuñada.

Como no sabe castellano, la familia donde trabaja le buscó una escuela de adultos para que lo aprendiera. Y aquí se cruzan profesionalmente nuestras vidas. Martina entró en un grupo de acogida con chinos, magrebíes, subsaharianos, etc. Dominaba poco el castellano, pero no faltaba ni un día a clase (no hay que decir que significaban horas de descanso del trabajo de la casa). Pronto vimos que tenía dificultades en la vista. Miraba la pizarra con aquellos ojos forzados de la miopía. No había ido nunca a un oculista. Le dijimos que lo hiciera, pero no parece que nos haya hecho caso, o no parece que nos haya podido hacer caso, que las gafas son caras. También descubrimos que no sabía leer ni escribir. Como se encontraba bien en el grupo de acogida, esperamos que acabara el trimestre para recomendarle que hiciera alfabetización.

En alfabetización fue avanzando y poco a poco se iba defendiendo en el conocimiento mecánico de la lectoescritura. Ahora ya está en neolectura y está consolidando sus conocimientos de la lengua oral y escrita. Eso sí, no puede participar en las actividades del centro si no son en horas de clase. Tiene que cuidar de la abuela y tener la casa arreglada cuando llega el hijo, mientras piensa en sus padres ya mayores de la meseta boliviana combatiendo el aire frío del invierno y encendiendo la paja brava para calentarse.

Han pasado dos o tres años desde que viene al centro. Un día nos habló de sus hijos, que tenía muchas ganas de verlos. Le dijimos que por qué no ahorra y se iba un verano a Bolivia. Entonces supimos que llevaba años trabajando en la misma casa y cuidando de la señora, pero que no estaba asegurada. No tenía papeles y si se iba no podría volver. Que había hablado muchas veces con el hijo donde estaba y este le iba dando largas y largas, que sí, que le arreglaría los papeles... Le aconsejamos ir a ver a la

mediadora de la entidad y al abogado que trabaja voluntariamente. Pero siempre se encuentran con el mismo dilema, una denuncia significa el despido y encontrar trabajo con un despido de por medio y sin papeles...

Su marido hace un año que está en el paro. Pero esto ya sería tema para otra historia.

Luz nació en Cuenca

Luz nació en Cuenca – o en un pueblo de Cuenca, no lo recuerdo bien – poco antes del golpe militar contra la República de 1936, inicio de la llamada Guerra Civil. Cuando la conocí en la clase de Alfabetización tenía setenta años y pico. Era de las pocas nacidas en España que venían a aprender a leer y escribir, en medio de sudsafricanos, norteafricanos o asiáticos, mucho más jóvenes que ellas, equilibrando las edades, los géneros y los matices de colores que alegraban la clase.

La familia de Luz tenía una tienda “de ultramarinos” que daba bastante para vivir de forma sencilla a los padres, a Luz o Lucecica como le decían según me explicaba, y a su hermano pequeño. Cuando estalló la guerra el padre fue movilizado o se fue él voluntariamente para defender la República y la Democracia. Luz me decía que no sabe seguro si se presentó voluntario, porque en su casa no se hablaba de estos temas. Entonces la madre tuvo que hacerse cargo de la tienda. Ella y su hermano jugaban entre las tinajas de queso y las jarras de aceite, los sacos de garbanzos y la mantequilla de cerdo.

No sabe donde cayó prisionero, pero acabada la guerra su padre fue recorriendo varios campos de concentración. Cuando volvió estaba muy delgado, era un saco de huesos, como decían, y medio tuberculoso. Recuerda Luz como la madre tuvo que meter toda la ropa que llevaba, que más bien parecían harapos, en agua hirviendo para que murieran todos los piojos y las liendres que llevaba a centenares y que se escondían en los pliegues de las costuras. El padre no se pudo rehacer y murió pocos años después.

Unos días antes del 1 de abril de 1939 – “cautivo y desarmado el Ejército Rojo”, decían los pasquines de los vencedores – los maestros de su escuela tuvieron que huir y exiliarse, y durante unos meses nadie daba clase. De todos modos, Luz no lo notó mucho, puesto que entre la tienda y el hermano pequeño a menudo no iba, a pesar de que recuerda – todavía lo explica con satisfacción – como le gustaba ir al patio y jugar con las otras niñas.

Una tienda de un ¡“perro republicano” encarcelado! A partir del momento en que se instauró el nuevo régimen ir a comprar a la tienda del padre de Luz era peligroso y un pacto de hambre no decretado por nadie trajo la miseria a su casa. Ella todavía recuerda el hambre de aquellos años. Ir a dormir con un vaso de agua. Levantarse y buscar un mendrugo de pan de algarrobas que no siempre encontraba. Las vecinas a

escondidas le decían que viniera a jugar con sus hijas y le daban un trozo de pan negro con aceite y azúcar. ¡Qué alegría esa tarde! No creas, me decía, que ellas no tenían mucho más.

Durante meses no supieron donde estaba su padre, ni si estaba vivo o muerto. De vez en cuando, alguien que volvía les decía que lo había visto en el campo de concentración de Miranda de Ebro o en el de Alicante. Esta angustia hizo que la madre de Luz no quisiera irse del pueblo para cuando él volviera. Cuando murió su padre, su madre decidió emigrar a Barcelona donde tenía un primo que de vez en cuando escribía y decía que aquí se encontraba trabajo y nadie te preguntaba nada. El primo exageraba en las cartas un poco la posición que tenía para quedar bien. Estaba realquilado y allí tuvieron que vivir unos cuantos meses, tres familias juntas, compartiendo cocina y lavabo.

Pronto Luz se puso a ayudar a la muchacha de una casa del Ensanche de Barcelona. Allí aprendió a cocinar. Después fue haciendo trabajos por las casas y limpiando escaleras. En una de ellas conoció a su marido, se casaron y tuvieron dos hijas. Ella dejó de trabajar un tiempo, pero después viendo que llegaban con apuros a final de mes, encontró trabajo en una empresa de limpieza que pagaba mal, pero estaba asegurada.

Cuando la conocí en clase de Alfabetización no era la primera vez que había intentado aprender a leer y escribir. En la casa del Ensanche primero y su marido después la habían intentado “desasnar” como decía ella. Pero la falta de método y de continuidad, cuando no se tenía que hacer una cosa se tenía que hacer otra, dejando la alfabetización para otro momento que no siempre llegaba, hizo que nunca acabara de aprender. Lo que más le sonaba era aquello clásico que había visto en la escuela de pequeña, la “p” con la “a” “pa”, la “m” con la “i” “mi”.

Cuando se jubiló fue a una escuela de adultos con una vecina y amiga. Allí empezó a aprender algunas palabras y sílabas, algunas letras más, iba bastante bien y empezaba a leer frases muy sencillas. Estaba contenta. Pero cuando llevaba un año, el resto de compañeras que ya llevaban dos o más años tenían que pasar de nivel por normativa administrativa. La norma decía que no podían continuar en el mismo grupo más de dos años. Ella no se veía con ánimo ni de ir a un curso más alto ni de adaptarse a un nuevo grupo.

La maestra le dijo que no se preocupara, que cambiarían el nombre del grupo para cumplir la normativa, pero continuarían haciendo lo mismo. Probó continuar, pero entre que algunas de las compañeras del curso pasado lo habían dejado y había entrado gente nueva, y por más que la maestra intentaba seguir un ritmo adecuado a todo el mundo, como a la vez tenía que trabajar al nivel de los más avanzados, se fue desanimando y finalmente abandonó. Preguntó porqué no se hacía un grupo de alfabetización nuevo, pero le dijeron que la normativa no se lo permitía porque no

había suficiente gente, que mirara de encontrar alguna entidad que lo hiciera en el barrio. Era la cuarta o la quinta vez en su vida que “no aprendía a leer y escribir”. Está claro, se decía, no soy capaz, ya no tengo memoria, ya no tengo edad, a mí las letras no me entran, etc.

Hay que decir que Luz es una persona inteligente y alegre. Recuerda muchos chistes y canciones, y tiene gracia cuando los explica o canta. Baila con energía teniendo en cuenta su edad y a menudo es una de las que anima las fiestas. Cuando suenan las notas del *chaabi rai* que traen los jóvenes marroquíes, las del *gnaoua*, o cualquier ritmo africano, ella los incita a salir. También con el “*caga tió*”⁴, el “*Fum, fum, fum*” o “*la Tarara*”. Ha subido su familia a veces sólo con el sueldo de su marido, cosa que le obligaba a hacer equilibrios económicos y a tener una planificación estricta para llegar a final de mes. Se mueve con desparpajo por la ciudad recordando los colores y la disposición de los espacios para no perderse y tener que preguntar lo mínimo, aunque no le da ninguna vergüenza preguntar cuando lo necesita. Se empeñó en que sus hijas estudiaran, precisamente porque ella no sabía leer y escribir, y le sabía muy mal, cuando eran pequeñas, no poder ayudarlas.

Ahora no falta ni un día a clase. Está avanzando con lentitud. Pero la tengo que hacer callar con una sonrisa de complicidad cuando jugamos al juego del ahorcado, al de las sílabas que faltan, a poner el artículo correcto, a estructurar bien una frase sencilla de forma oral o escrita o a ordenar frases desordenadas, porque ella domina la lengua oral, mientras que la mayoría de pakistaníes, magrebís o senegaleses, que están aprendiendo a escribir en nuestro alfabeto, al mismo tiempo están aprendiendo a usar con la máxima corrección posible nuestra lengua. De todos modos, le digo que me escriba la frase correcta o la palabra escondida en su libreta, porque cuando entre todos resolvemos el ejercicio, ella enseñe con orgullo el ejercicio resuelto.

Compartiendo vidas: Fàysal, el mejor compañero de piso

Fàysal nació en Marruecos, en la ciudad de Tánger, la tan peculiar “ciudad internacional” de épocas coloniales. Pero él ya no vivió aquella tan añorada -por algunos- época gloriosa de la ciudad. De hecho, la ciudad que él ha conocido, es una ciudad muy diferente. Vivía en el barrio de Bir Chifa, un barrio construido por los propios habitantes, como el Carmel o Torre Baró⁵ en sus inicios. Su casa es muy humilde. Es el mayor de cuatro hermanos.

[4] Fiesta tradicional catalana de Navidad

[5] Barrios de Barcelona

Como tantos jóvenes de Marruecos y de Tánger, o de barrios como Bir Chifa, tenía un sueño. El sueño de cruzar hacia aquella tierra que se ve tan bien desde la cornisa marítima de Tánger, aquella tierra que parece que puedas cogerla sólo alargando el brazo: Tarifa, Andalucía, España, Europa... el sueño europeo, el sueño de la tierra de la libertad, de la tierra de las oportunidades, de la tierra de los derechos y de las posibilidades de encontrar trabajo y un futuro mejor.

Lo que no sabía Fàysal y tantos otros jóvenes de su país, de su ciudad, de su barrio... es que la tierra de las oportunidades vivía un momento difícil. Aún así, ciertamente nuestra tierra todavía podía ofrecerle alguna oportunidad, algo mejor que a alguno de sus compatriotas, ya que era muy joven, 16 años, menor de edad. Tenía toda la vida por delante. Muchos, cuando llegan aquí, tienen alrededor de los 16 años. Algunos los tienen de verdad, otros tienen más, otros —poquitos— menos. Pero, según ellos, es la edad ideal para dar el salto: la edad con la que se puede empezar a trabajar y la edad con la cual el sistema de protección de la infancia todavía los puede resguardar.

Fàysal, como algunos otros, no ha ido casi a la escuela. Tampoco en su país. Él siempre dice: “yo sé escribir y leer más el castellano que el árabe”. Y no es que el castellano lo lea muy bien... y no digamos escribirlo...

Después de pasar el estrecho de Gibraltar, vía Puerto de Tánger Ville, puerto hoy prácticamente cerrado por la creación del nuevo gran puerto de Tánger Méditerranée, cerca de la ciudad autónoma de Sebta (Ceuta, para nosotros), llegó a las costas españolas del sur del Estado, a Algeciras, como la mayoría de los chicos magrebíes que llegan a tierras peninsulares. Y lo hizo, después de intentarlo varias veces, bajo un camión, o bajo un autobús, ahora no lo puedo recordar del todo bien. Si fue en autobús, lo hizo entre las ruedas, en los ejes. Con mucho coraje y sin demasiada cordura, pues —no lo he intentado nunca, pero debe ser casi imposible— tienes que estar aguantando con una tensión increíble en los músculos, y también en la mente. A veces, hay que aguantar hasta tres días; dependiendo de la ruta y de las paradas que haga el autobús. Escondido, sin poder comer y sin poder hacer las propias necesidades, excepto en las paradas por la noche y ¡que no te vean!, manteniendo la tensión para no caerte en medio de la autopista y, en los pasos fronterizos, casi sin respirar para no ser detectado por la policía o, mejor dicho, por sus perros.

Alicante fue su destino inicial. Fàysal sabía qué tenía que hacer. Y, si no, le preguntaría a algún compatriota que hablara su lengua materna, ya que no hablaba absolutamente nada la lengua castellana. Por suerte, se encontró con otro menor de edad, que, como él, había pasado las horas muertas en el puerto de Tánger esperando la oportunidad de cruzar, y que le recomendó que se presentara a la policía diciendo que era menor.

Allí, en la ciudad levantina, estuvo una breve temporada en un centro de protección de menores. Pero Alicante no era su sueño, ni aquel centro un lugar que le gustara como

para quedarse. Y, sin pensárselo dos veces, cogió un autobús hacia la Ciudad Condal, la tierra donde se intentan establecer quizá más chicos que chicas de estas características.

Fàysal llegó por fin a Barcelona, la ciudad donde pensaba que se quedaría toda la vida, ya que muchos marroquíes, muchos jóvenes, especialmente marroquíes nortefios, especialmente de Tánger, se han encontrado a gusto, y han tenido la oportunidad de obtener una mínima estabilidad laboral y un lugar donde vivir más o menos decentemente. Después de pasar unos días en la calle, repitió el proceso que ya había hecho en Alicante: ir a presentarse a la Policía; en Barcelona los *Mossos d'Esquadra*.

Y de la comisaría de los *Mossos* de la Plaza España de Barcelona, hacia la zona del Arco de Triunfo, a la Fiscalía de Menores, por el hecho de insinuar con el poco castellano que había aprendido en Alicante que era menor de edad. Al no tener documentación que lo demostrara —y aunque la hubiera tenido—, antes de entrar en un centro de protección de menores, se tiene que pasar por el Hospital Clínico, donde el médico de turno ratifica, con una exploración médica y una radiografía de la muñeca, que realmente se es menor de edad. 17 años, aproximadamente, certificó el médico. Y tras estos requisitos entró en un centro de acogida para jóvenes inmigrantes en la misma ciudad de Barcelona.

Fàysal había empezado en todo este proceso de emigración, a consumir. Había consumido mucho hachís e, incluso, *xifona*, un disolvente de origen orgánico que quita especialmente el hambre. Y esto, cuando se está en la calle, ya es un qué.

Residiendo en el centro de acogida vino a parar a nuestra Asociación, donde empezó a asistir a clase para alfabetizarse y algo más (matemáticas básicas, iniciación a la informática...). Lo tenía en una clase donde la alfabetización la hacíamos con el soporte del ordenador. No fue de los chicos con los que más *feeling* surgió. Eso sí, recuerdo que era uno a los que más le costaba avanzar, tanto a nivel verbal como, especialmente, a nivel escrito.

Con el tiempo empezó un programa de desintoxicación y control médico, para dejar las sustancias a las cuales todavía estaba enganchado... y, con grandes esfuerzos y muy buena voluntad, lo consiguió. Su motivación: optar a un piso asistido para mayores de edad al cumplir los 18 años. Desgraciadamente, para poder acceder a este tipo de servicios se necesita el apoyo de la dirección y/o del equipo técnico del centro de protección menores donde se vive, cosa que él no consiguió.

Una vez cumplidos los 18, y después de algunos días en la calle o durmiendo en casa de alguien o de *okupa*, desde la Asociación se consiguió que entrara en un servicio temporal de acogida para jóvenes mayores de edad, pero sólo por unas semanas en que había un “agujero” libre.

Hablando con el centro de acogida donde había estado, le dijeron que le facilitarían un viaje de ida y retorno a su país para ver la familia. Pero poco a poco, el planteamiento inicial de este viaje fue cambiando: podían ofrecerle un viaje, pero sólo de ida... y después, contactar allá, en su ciudad, en Tánger, con la oficina del Programa Cataluña-Magreb, para pedir un billete de vuelta... Finalmente, ni retorno, ni ida, ni nada de nada...

Aún así, el grupo de profesores colaboradores de la Asociación recogimos fondos para que se pudiera comprar un billete en autobús y alguna cosita más para no llegar a su casa con las manos vacías.

Después del verano, después del mes del Ramadán, después de estar con su familia casi dos meses, a principios de septiembre de su segundo año en España, reapareció en la Asociación. Era una mañana, hacia el final de la mañana. Recuerdo perfectamente que estábamos con otro chico, también marroquí, pero amazigh, que había venido a apuntarse. También estaba la coordinadora del proyecto... y fuimos a tomar algo, unos cafés, unas coca-colas... Nos explicó que llevaba de nuevo un par de días por la ciudad, durmiendo en algún lugar... Con la coordinadora nos miramos la una a la otra. Cuando marchó el otro chico, que tenía recursos suficientes para vivir, ya que acababa de entrar en un servicio que existe para jóvenes extranjeros tutelados, la coordinadora y yo comentamos entre nosotras qué podíamos hacer con él, si es que podíamos hacer algo. Él venía a apuntarse a los cursos de la Asociación para poder seguir aprendiendo a leer y a escribir. No pedía nada más. Pero pensábamos que no lo podíamos dejar en la calle.

Poco antes del verano habíamos empezado a experimentar un proyecto de acogida en casa, para algún chico en situación similar. Pero era sólo un proyecto en fase de estudio, sin recursos, sin experiencia, sin saber hasta dónde podíamos llegar. Sin pensármelo dos veces, le dije: "Fàysal, ¿quieres venir hoy a mi casa? Después ya veremos donde puedes ir". No sabíamos qué diría, porque muchas veces ofrecimientos como éste pueden tener otra intencionalidad, pueden parecer una "insinuación"... Pero aceptó sin pensárselo ni un minuto. Ciertamente, no tenía muchas más opciones.

A los pocos días, otra profesional de la Asociación le encontró un curso de ayudante de cocina por las mañanas, y también empezó las clases de neolectura tres días al atardecer. Y, durante este tiempo, estuvo viviendo en casa. Cada día lo despertaba antes de irme al trabajo, para que no llegara tarde al curso. Iba, sin faltar; y estudiaba, y aprendía. En casa, hablaba, reía, estudiaba más, limpiaba... Convivíamos. Y era una convivencia fantástica. No he tenido nunca ningún compañero de piso con quien me entendiera tan bien. Hablábamos cada anochecer cuando yo llegaba del trabajo. Me explicaba tantas cosas de su familia, de su país, de su vida, de su cultura... y de nuestra cultura, de nuestro país, de Barcelona, de la situación... Y también estudiábamos casi

cada noche, con un libro de ejercicios para neolectores que encontré. Le costaba mucho. Él iba tirando, pero ayudarlo era muy necesario, ya que aunque no entendiera el ejercicio lo hacía, sin saber qué era lo que estaba haciendo! Fueron seis magníficos meses de convivencia.

Hacia los alrededores de Navidad, cerca de fin de año, yo me iba a ir a Marruecos, tierra a la cual me une una relación especial. Iba a su ciudad, el especial Tánger, a pasar el fin de año. Y él se quedaba —supuestamente— aquí. Supuestamente porque un par de días antes de que yo me fuera para allí Fàysal desapareció.

Cuando volvió —siempre ha sido un chico que no tiene ningún problema en explicarlo todo—, me dijo que un amigo lo había convencido para ir a Francia y Bélgica, a ver cómo estaban allí las cosas; para ver si el futuro podía ser mejor allí que aquí. Pero volvieron con la cola entre las piernas... puesto que entre el frío de las noches de invierno durmiendo a la intemperie y algún breve encuentro con *la gendarmerie* decidieron volver a nuestro país. Una semana de aventura. Una semana para convencerse que aquí estaban mejor.

Desgraciadamente, aquella “aventura navideña” marcó un momento de inflexión. Bien, aquella aventura o aquella compañía de viaje. Desde que conoció a este “nuevo amigo”, empezó a fallar. Faltó dos días a las prácticas del curso de ayudante de cocina, elemento clave para poder ver como trabajaba y qué responsabilidad podía llegar a tener. Dejó de venir a dormir algunas noches. Cada vez más, hasta que un día, después de esperar y esperar, me puse serio. Y hablamos. Le dije que tenía que pensar y ser responsable. Que si no quería vivir en casa porque tenía otro lugar, o porque quería vivir con sus compatriotas, o con sus amigos, que me lo dijera, que no pasaba nada... pero que él tenía que decidir si vivía en casa, o de *okupa* con los amigos... que otro chico podía aprovechar su habitación, ya que él no lo estaba haciendo. Me dijo que tenía toda la razón..., pero siguió igual, hasta que un día se dejó las llaves en casa y no pudo entrar. Lo pasé muy mal, mirando como llamaba; pero pensaba que le tenía que enseñar a ser responsable de alguna manera... Después, cuando hablamos, me dijo que había venido a recoger sus cosas. Había decidido irse...

A veces pienso que, si no le hubiera dicho nada, no pasaría lo que pasó... Era finales de febrero.

Desde aquel momento todo fue yendo para atrás en su historia personal. Pasó de presentarse a otro curso, indispensable para poder empezar a tramitar la renovación del permiso de residencia. Dejó de mantener contacto con nosotros habitualmente, como hasta aquel momento. Empezó a robar, para poder comer y especialmente para poder consumir de nuevo. Sí, había vuelto a consumir. Fumar... Pastillas... Totalmente había reulado a su estado de un año y medio antes...

La víspera de Sant Jordi volvimos a hablar... Hacía muchos días que no habíamos hablado. En aquel momento lo vi conectado al *Facebook*. Como escribía y leía poco (cuando estaba en casa casi siempre leíamos y escribíamos sus conversaciones juntos), yo pensaba que no me diría nada..., pero aquel día hablamos. Y quedamos que pasaría al día siguiente por la mañana por la sede de la Asociación, para vernos y charlar sobre cómo le iba todo.

El día de Sant Jordi no se presentó, después de haber estado esperándolo toda la mañana.

Hacia finales de mayo o principios de junio alguno de los chicos que lo conocía nos dijo que Fàysal estaba en la cárcel. Lo habían arrestado la noche del 22 de abril, apenas al anochecer antes de la hora en que habíamos quedado. Por eso no se había presentado. Pasó las 72 horas de rigor en el calabozo y, después, directo a prisión.

¿Por qué entró allí? Quizás no hay que explicarlo aquí... Quizás no es lo que interesa, no es este el lugar. Tampoco es lo más importante. La falta de voluntad, la falta de recursos, haber sido engañado por sus amigos..., dejarse engañar... Una serie de motivos que en buena parte provoca el sistema y que en lo personal sirve como justificación ante las “miradas bienpensantes”.

Todavía recuerdo el primer día que nos vimos en la cárcel. Por suerte no fui solo. ¡Al salir tenía tantas ganas de llorar!

Fàysal siempre ha sido un buen chico, quizás demasiado bueno. Quizá por este motivo ha sido engañado muchas veces: por el sistema de protección de la infancia que le ha prometido cosas que después no ha cumplido, por sus compatriotas y amigos, y también por él mismo, pensando que podría resolverlo todo él solo.

Fàysal siempre ha sido un niño-adulto. Un niño a quien la familia le pedía ser adulto demasiado temprano. Un niño que pensaba en su futuro, y tenía esperanzas. Un niño... que todavía tiene cara de niño, y que con 19 años no hace falta que se afeite... Un niño bastante inocente que se presta a que se aprovechen de él. Y un adulto que tiene que ser responsable de buscarse la vida, sin familia, sin referentes... Un adulto que tiene que ser responsable -y lo es- de sus acciones.

Un niño-adulto que, por suerte, con todo lo que ha vivido, no ha perdido la inocencia (quizá demasiada inocencia) ni la sonrisa... ni el agradecimiento.

Famhida, “la labor del topo”

Yusuf va hacia la asociación. Al encontrarse al profesor por la calle, su rostro se llena de una sonrisa amistosa de reconocimiento. Pero el profesor no se ha dado cuenta que Yusuf no viene solo, unos metros más allá anda con prisa su mujer Famhida. Son de

Pakistán. Yusuf se arregla con un castellano rudimentario. Famhida tiene más dificultades para hacerse entender.

Asisten juntos a un curso de alfabetización. La apariencia es que Yusuf sabe más y va más avanzado que Famhida. Ella, como cuando van por la calle, trabaja unas fichas más atrás que su marido. Pronto nos damos cuenta que Famhida es muy avispada y, de hecho, lo hace mejor que su marido pero disimula. Le ofrecemos la posibilidad de venir por las mañanas con otras mujeres pero lo rehúsa amablemente. Si no viene con Yusuf no vendrá. Él habla en nombre de él y de ella.

Los colaboradores que compartimos este curso pensamos que es mejor así que no que Famhida se quede en casa sin poder aprender. Para ella es más que un curso de alfabetización, es la posibilidad de salir de casa y encontrarse con otras personas que no pertenecen a su entorno familiar ni cultural más próximo.

Desde nuestros presupuestos de igualdad de género hacemos lo se que llama “labor de topo”. Imperceptiblemente al principio y más descaradamente a medida que avanza el curso y nos cogemos confianza los unos a los otros, vamos subvirtiendo la situación inicial. Preguntamos directamente a Famhida, la hacemos trabajar emparejada con otra mujer, con un subgrupo de clase mixto más tarde. Vamos generando situaciones que requieren su protagonismo, su individualidad. Aplaudimos sus aportaciones.

Pensamos cómo ha evolucionado el acceso de la mujer a la formación. Recordamos los finales de los setenta y los ochenta. Los grupos de alfabetización estaban formados, casi siempre, sólo por mujeres del país (los porcentajes de analfabetismo femenino en España eran aún escalofriantes). Muchas veces venían al aula de Formación de Personas Adultas a escondidas de sus maridos, cuando estos no estaban en casa. Incluso los libros eran media cuartilla que podían llevar en el bolso para pasar desapercibidas. El acceso a la formación, la participación, la interacción y otros elementos vinculados a una formación de personas adultas transformadora posibilitaron un gran cambio en la vida de la mayoría de estas mujeres y en la educación de sus hijas e hijos. También dimos clases sólo para chicas gitanas, con una educadora que tenía que ser mujer, sino no venían. Eran otros tiempos.

Hoy, en algunos centros y asociaciones, algunas educadoras continuamos pensando que la separación por razón de género en la educación de personas adultas continúa existiendo de forma más sutil y quizás por eso más perversa. Famhida tiene suerte, sea como fuere, puede acudir a una asociación, formarse y ver otras realidades con estilos de mujer diferentes a la suya. Dialogar con otras mujeres. Puede pensar. Pero, como hace más de treinta años pasaba a muchas mujeres aquí, hoy hay chicas y mujeres procedentes de países de África y Asia que si no van a grupos sólo de mujeres no las dejan venir. Seguramente hay que poner condiciones para una integración futura en

grupos mixtos, pero según nuestra experiencia no atender a esta demanda supone que las mujeres no accedan a la formación. La presión no se ejerce sobre los padres, maridos o hermanos, sino sobre ellas, si no salen de casa y no aprenden mejor para ellos. Al final quién pierde es la mujer. Y con ella pierde toda la sociedad.

Haría falta tener en cuenta, cuando tomamos decisiones que nos afectan como mujeres, quién se beneficia y quién sale perjudicado con nuestras decisiones. Y qué otras acciones y/o cambios sociales son necesarios para favorecer la incorporación social de la mujer.

Rashida, a los pies del Atlas

Rashida es una mujer de treinta y cinco años procedente de Tinghir, ciudad situada a los pies del Atlas, en Marruecos. Como proviene de una zona rural, de niña no pudo ir a la escuela debido a la distancia que existía entre su casa y la escuela más cercana. En aquella zona las carreteras eran muy malas y tampoco había un transporte público que la pudiera trasladar. Normalmente, por cuestiones culturales, si un miembro de la familia se tenía que desplazar para ir a la escuela lo hacían los hombres. Y la mayoría de niñas que se encontraban en la misma situación que ella, se dedicaban a hacer los trabajos de la casa. Así pues, no fue escolarizada en ningún momento de su vida y esto implicaba también que fuera analfabeta en su propia lengua. Sólo conocía lógicamente la lengua oral, pero no la escrita.

Rashida se casó con Hassan cuando tenía dieciocho años y enseguida tuvieron una hija, Fátima. Con pocos años de diferencia, nacieron sus otros tres hijos: Mohammed, Jamal y Karima. Rashida siempre se ha dedicado a los trabajos de la casa, lo mismo antes de casarse que después y ha dependido siempre económicamente de alguien: al principio de su padre y ahora de su marido.

Hace cuatro años, su marido emigró a España por razones económicas. Hassan era carpintero y se quedó sin trabajo. Sacar adelante una casa con familia numerosa, y siendo el único miembro de la misma que trabajaba era una situación muy angustiosa. Sus hijos eran pequeños todavía para ponerse a trabajar y ayudar en las cargas familiares.

Hassan llegó a España en el 2007 y, concretamente, se estableció en Tortosa porque allí vivía un primo suyo. Enseguida encontró trabajo en el campo y después en la construcción. Como económicamente ya era solvente -podía ahorrar, a pesar de enviar dinero a su familia- decidió alquilar un piso para él solo en el casco antiguo de la ciudad, lo que le ayudó, a través del arraigo social, a legalizar su situación en España y, de este modo, consiguió traer a su familia a Tortosa por reagrupamiento familiar.

Rashida y sus hijos hace un año que llegaron a Tortosa. Como sus hijos aprendían catalán en la escuela, ella también quiso aprenderlo para poder integrarse en la sociedad que la rodeaba y dirigirse a los maestros, a los vecinos, al médico, a los comercios... y para entender a sus hijos cuando hablaran entre ellos en catalán, sin tener que usar intérpretes.

Rashida se apuntó a las clases de catalán tan pronto como pudo y cuando encontró un curso que se adaptara a sus horarios (cuando los niños estaban en la escuela). La clase a donde iba era una clase especial. La mayoría de sus compañeras eran mujeres que se encontraban en la misma situación que la suya o parecida. Eran mujeres que habían venido a vivir a Tortosa por reagrupamiento familiar y muy pocas de ellas sabían leer y escribir. Aquí el acceso a la escuela es mucho más fácil que en su país, lo que este perfil de alumnado suele aprovechar al máximo: no suelen faltar a clase, si no es por algún motivo familiar importante. Para ellas es una válvula de escape de sus cargas y obligaciones familiares. Es su momento y no quieren desaprovecharlo por nada del mundo. El curso lo entienden como un lugar de aprendizaje, pero también de encuentro social.

En el aula, Rashida se encontró con una serie de dificultades (igual que la mayoría de sus compañeras). Como no tenía experiencia académica, no disponía de los recursos académicos que las personas alfabetizadas disponen al aprender una segunda lengua oral. Esto le impedía poder seguir una clase con normalidad. A lo que se le unía el hecho que no tenía la oportunidad de poder practicar lo poco que sabía fuera del aula, ya que las cargas familiares eran importantes y no tenía mucho tiempo para recordar y aplicar en la vida cotidiana las palabras que había aprendido.

La primera dificultad con que se encontró Rashida fue la de coger correctamente un lápiz. No disponía de este recurso tan básico para todos nosotros y tan desconocido para ella. No había cogido nunca ninguno y no sabía como utilizarlo. Hacer una simple línea recta o una cruz era toda una odisea para ella. Este hecho y hechos parecidos le impedía poder seguir la clase con normalidad. En una simple ficha de unir con flechas, ella perdía mucho más tiempo que cualquier otra compañera que hubiera sido escolarizada, aunque sólo fuera mínimamente, porque ya tenía asimilados estos recursos básicos de aprendizaje. Como los recursos académicos de Rashida eran inexistentes, la profesora tuvo que explicarle, con mucha paciencia, qué es lo que tenía que hacer en cada ficha y enseñarle a utilizar las herramientas básicas necesarias para poder desarrollar la actividad que se le pedía.

El hecho de no haber sido alfabetizada ni escolarizada significaba que, además de no tener la escritura como herramienta y apoyo en el aprendizaje, también carecía de otros recursos: seguir un orden en la lectura, aunque fuera visual (de izquierda a derecha, de arriba abajo); reconocer y reproducir numerales; dibujar, aunque fuera de

forma esquemática; reseguir o hacer formas y signos básicos: rayas, círculos, cruces, flechas, signos...; utilizar y respetar el material del aula; saber estar en el aula; respetar el turno de palabra... Como apoyo al aprendizaje oral, fue necesario el uso de diferentes prácticas no escritas: se utilizaron colores, ritmos, gestos, imágenes, signos, símbolos, recortar y enganchar...

Finalizado el curso Rashida había conseguido una mejora sustancial en la comprensión y la expresión oral y mostraba voluntad de continuar su aprendizaje. Aquí es donde llegó el problema. No había cursos adecuados para poder ofrecerle una continuidad. Lo único que podía hacer era dirigirse a un centro donde pudiera ser alfabetizada, sólo entonces podría seguir con los siguientes niveles de catalán. De sus compañeras, sólo las que habían sido alfabetizadas mínimamente encontraron continuidad en los cursos básicos de catalán.

Desgraciadamente, Rashida no continuó con sus estudios, debido a las cargas familiares y a la dificultad de encontrar un centro donde el aprendizaje de la lectoescritura pudiera conciliarse con sus obligaciones, y donde el clima de acogida acompañara como hasta entonces su experiencia de aprendizaje. Su aventura con el catalán acabó de momento aquí. Una auténtica lástima. Y como ella, seguro que le ha pasado a muchas más mujeres que se encuentran en su misma situación.

Ni hao, Li!

Li era de la región autónoma de Xinjiang. Igual que su familia, pasó buena parte de su niñez ayudando a los suyos en los melonares y las viñas. Pero un día sus padres decidieron trasladarse a Barcelona, ya que ellos valoraban como muy importante poder tener un negocio propio. Pensaron que Barcelona sería una buena opción.

Li tenía 20 años cuando sus padres tomaron esta decisión. Él no tuvo más remedio que aceptarlo y seguir a su familia en esta nueva aventura. Al llegar a Barcelona, Li no entendía lo más mínimo del estilo de vida de la gente de la ciudad y enseguida se dio cuenta que el castellano no era la única lengua que se hablaba. Había otra que se llamaba catalán. En un primer momento, no vio la necesidad de aprender esta nueva lengua, puesto que consideraba que no era imprescindible para poder ayudar en el negocio familiar. Su mundo era la tienda y las relaciones que mantenía se ceñían a sus padres y a los amigos de la familia también de origen chino. Poco a poco Li se fue acostumbrando a oír la nueva lengua. Los clientes la hablaban entre ellos y veía letreros escritos que no entendía. Creyó que sería interesante aprenderla además del castellano para atender mejor el negocio familiar e integrarse a su nueva vida en la ciudad.

Se informó y vio que se ofrecían cursos gratuitos. Se matriculó. El primer día le sorprendió la cantidad de nacionalidades que se mezclaban. Había gente procedente de todas las partes del mundo. Li era muy tímido y le costaba relacionarse con el resto de compañeros, pero poco a poco se fue integrando. El curso estaba enfocado al aprendizaje de la lengua oral. Lo más importante era aprender a usarla en un contexto. A Li le costó acostumbrarse a este método de trabajo, puesto que él estaba acostumbrado a un sistema de estudio que básicamente se basaba en la memorización y la repetición. En este curso, primero le enseñaron un nuevo alfabeto y después le enseñaron estructuras lingüísticas habituales y los verbos, con los que sudaba tinta igual que con los de castellano, ya que no estaba acostumbrado a utilizar tantos tiempos verbales.

Cuando el curso acabó Li decidió matricularse al siguiente nivel. Aprendió mucho y conoció gente nueva, gente a la cual le unía el interés por aprender la nueva lengua. Sus padres vieron lo acertado que Li conociera las dos lenguas, puesto que, como habían previsto, les ayudaba en el negocio familiar. Sin embargo, siempre procuraron que no perdiera sus raíces.

Aisha, una menor no acompañada

Es la primera vez que me piden escribir sobre los jóvenes con los cuales comparto unas horas al día descubriendo letras y palabras, leyendo el mundo y a la vez imaginando otro donde tengan un lugar donde poder ser. Escribir sobre ellos y ellas no es una tarea fácil, querría que estuvieran todos y todas con sus paisajes, orígenes, memoria e historias de vida. Por motivos evidentes no es posible relatar cada vivencia, ni nombrar todos los protagonistas, lo único que puedo hacer es recuperar mi cuaderno de bitácora, un dietario donde de vez en cuando dibujo pequeños esbozos sobre la experiencia en el terreno educativo. De alguna manera lo vivido dentro y fuera del aula me da las coordenadas para seguir navegando por este territorio fascinante y lleno de interrogantes, que no dejan de abrirse en todos los ámbitos de la vida, horizonte allá.

Entre el mar de líneas, palabras, imágenes y recuerdos ha surgido del fondo de la memoria Aisha. Su historia tiene muchos vínculos y complicidades con otros jóvenes que han tenido que emprender un viaje largo. Un viaje donde los referentes familiares casi siempre se han mantenido, a pesar de estar separados por miles de kilómetros. Sin embargo, cuando la pobreza económica y las dificultades para comunicarse se imponen, la distancia acaba distanciando.

Aisha no es que sea representativa del colectivo conocido como Menores No Acompañados o Sin referentes familiares (MNA). Me gustaría alejarme de las generalizaciones porque reducen y a menudo acaban homogeneizando todo un “acompañamiento” colectivo tan diverso en orígenes como en cosmovisiones. Son

jóvenes que tienen sus padres lejos, y aquí aunque sea pequeña tienen una red de amigos, educadores, familiares no directos o que no pueden hacerse cargo de ellos, y hasta que son admitidos dentro del circuito de protección pueden llegar a pasar mucho tiempo sin ningún referente adulto. Año tras año se van sucediendo rostros, miradas, historias y relatos compartidos, complicidades, risas, soledades, lágrimas, frustraciones, emociones y sentimientos contradictorios que me resuenan a algo ya vivido: la adolescencia pura y radical.

Adolescencia y proyecto migratorio son dos procesos muy complejos que estos jóvenes viven en primera persona. El duelo que comporta el hecho migratorio y la sensación de abismo que se presenta ante las puertas del mundo de los adultos hace que muchas veces la rabia y la frustración sean “rasgos característicos”, dejando aparte la fuerza, la esperanza y la alegría que a menudo también los caracteriza. Por esta razón, me tomaré la libertad de situar en un segundo término la nomenclatura MNA para dar lugar a las vivencias de una chica que me mostró la importancia y la fuerza de las palabras no habladas.

Conocí a Aisha ahora hará cuatro años

Todavía recuerdo su mirada y como sus ojos negros y profundos me miraban buscando respuestas y haciéndome preguntas a las cuales no podía responder porque no se hallaban ni en los libros, ni en las fotocopias ni en las operaciones matemáticas. Su timidez hacía que se sentara junto a la puerta, para poder salir de prisa cuando acababa la clase; no confiaba en nadie y necesitó cierto tiempo para encontrar su espacio. Con los días cogió la confianza necesaria para soltarse. Tenía mucha necesidad de comunicar de dónde venía y cómo era su pueblo y su lengua, la amaziga y no el bereber como yo lo denominaba. “Maria, bereber no, amaziga que quiere decir persona libre”, me dijo un día. *“Bereber nos lo dicen los que no nos quieren...y creen que somos menos, que somos como animales, y que no sabemos nada”*.

Aquel día constaté la importancia de conocer la historia de los pueblos, los orígenes de los jóvenes, quiénes son, qué desean. Conocer y entender la diversidad que había dentro del aula era la materia más importante. La historia de los pueblos no sólo se aprende en los libros que hablan de las políticas, la organización socioeconómica o de los conflictos bélicos, la historia de los pueblos se aprende conociendo la vida cotidiana de personas anónimas, protagonistas de la historia colectiva. Las historias de vida forman parte de la intimidad, de la cajonera de los *sentipensamientos*, donde los cajones se abren con la clave de la confianza.

Aisha no se “abrió” en la clase de catalán, tampoco en la de castellano, no dijo nada cuando aprendía las divisiones ni el nombre de los malditos números que conocía perfectamente, en su lengua. Aisha nos explicó su historia después de un tiempo, fue

fuera del aula, en el comedor popular de las Planes⁶, un día de fiesta, cuando celebrábamos la fiesta del Sacrificio del cordero (Eid al-Adha).

Un día de fiesta en Les Planes

Los jóvenes preparaban las brasas y la carne, se hacían fotos y vídeos, unos bailaban, los otros tocaban la *darbuka* hasta la extenuación, las chicas tímidamente compartían bailes con las educadoras... Un pequeño grupo de jóvenes y educadores compartíamos un té con menta mientras preparábamos los *kefta* (brochetas de carne picada con especias). Durante la conversación surgieron preguntas sobre su país, cuánto tiempo hacía que estaban aquí, cómo se celebra la Fiesta del Cordero... Había un clima muy cálido a pesar de que las pupilas de los ojos de Aisha se llenaron de nostalgia y empezó a hablar...

Uno de los jóvenes disfrutaba llenando los vasos con la solemnidad propia de la hospitalidad inherente a los pueblos del sur. El olor del té con menta que se desprendía de los vasos humeantes nos hicieron viajar hasta las calles de la Al-Husayma (Alhucemas), una ciudad situada al nordeste de Marruecos. El nombre de esta ciudad bordeada por el mar Mediterráneo es como el de la planta silvestre, conocida como espliego, que desprende un olor fresco y relajante; la misma que reflejaban sus movimientos y gestos.

Entre trago y trago, sus palabras nos trajeron a las playas donde su padre faenaba arreglando las redes de pesca y las grietas de una pequeña embarcación. Su madre trabajaba en casa de sol a sol: *“Las mujeres trabajan mucho. Mi madre cada mañana traía cántaros llenos de agua, para poder lavar la ropa, cocinar, limpiar la casa y hacer la comida. Cuidaba de todo el mundo, sobre todo de los abuelos que eran muy mayores y necesitaban ayuda para hacerlo casi todo”*

A pesar de que durante el verano la ciudad se llenaba de turistas y empezaba a haber mucho trabajo en este sector, la familia de Aisha vivía en condiciones muy precarias. Su padre era pescador asalariado y cada vez tenían más problemas para pescar en alta mar. Los hermanos mayores marcharon a Nador y a Francia a buscar un futuro mejor, volvían algunos veranos en vacaciones y en el Ramadán. Aisha comentaba que desde que llegó aquí empezó a entender algunas cosas: *“Ellos no querían que fuera a Francia ni a ninguna parte. Creía que no me querían. Ahora pienso que quizás tenían razón, no es tan fácil..., quizás tuvieron problemas como yo, pero nunca nos dijeron nada y no querían que me pasara lo mismo.”*

[6] Espacio al aire libre cerca de Barcelona provisto de mesas y barbacoas

Un trabajo de niñera y más

Aisha llegó al Estado español gracias a la ayuda de una señora muy rica de Nador que veraneaba en una segunda residencia de su ciudad. Su madre durante el verano hacía de niñera de sus hijas. El día que a Aisha le ofrecieron ir a Melilla a trabajar como niñera, no se lo pensó dos veces. Le gustan mucho los niños, había “hecho de madre” con sus hermanas pequeñas. Estaba segura que de este modo podría ayudar a su familia y quizás estudiar en la universidad. Su madre y su padre depositaron toda su confianza en esta señora creyendo que lo arreglaría todo, pasaporte, visado, trabajo, casa..., una vida y un futuro mejor.

En Melilla las cosas no fueron como esperaba. No sólo trabajaba como niñera, sino que hacía todos los trabajos de la casa. No tenía tiempo para salir y el sueño de estudiar y ayudar a su familia se desvanecía cada día que pasaba. Tenía sentimientos contradictorios, aquella gente la estaba ayudando, pero ella sentía que no era así, quizás tendría que tener más paciencia, un mes era muy poco tiempo...: *“Sólo trabajaba, no tenía tiempo libre, no me dejaban salir a la calle ni tener relación con nadie que no fuera de la familia. Me decían que tenía que ser muy cuidadosa porque “mis papeles” todavía estaban en trámites y ellos podrían tener problemas y mis padres también. Yo no sabía qué querían decir..., esto de los papeles parecía muy importante”*.

Las primeras semanas tuvo contacto vía telefónica con su madre, y para no hacerla sufrir le dijo que estaba muy bien y que había mucho trabajo y posibilidades de hacer muchas cosas, incluso la habían invitado a ir de vacaciones a Madrid. Aquella misma semana cogieron el Ferry. Era la primera vez que cruzaba el estrecho. Conocería aquella España de la cual todo el mundo hablaba, un lugar lleno de oportunidades... Nunca supo muy bien como fue todo, pero de repente y sin quererlo cambió de trabajo, de ciudad y ahora sentía que de país. Por primera vez vio su pasaporte, muchos policías y militares, preguntas, dinero y mentiras. *“Melilla era parecida a mi ciudad, había un barrio como el mío, la gente hablaba árabe y también amaziga. Mucha gente vestía como nosotros y los olores, los colores, las casas y las calles eran como en casa”*

De Madrid sólo conocía un equipo de fútbol y poca cosa más. Mucha gente, muchos coches y semáforos, muchas tiendas, un tren que iba por debajo de tierra, un idioma nuevo, y mucha soledad. Se volvía a repetir la misma historia, promesas, prohibiciones, y chantaje. Le aseguraron que tendría un sueldo y que le arreglarían sus documentos, pero pasaban los días y nada cambiaba. Le prohibieron salir de casa y no la dejaban hablar con nadie, ni siquiera con su familia, otra vez el miedo de no tener los papeles en regla y la tristeza de no sentir la voz de su madre. *“Yo sólo pensaba cómo poder hablar con mi madre para decirle que estaba bien. Las vacaciones acabarían y volvería*

a Melilla, más cerca de los míos, no quería vivir más con aquella gente que me trataba como si fuera un animal”.

Un día decidió huir. Estuvo un par de días sola, intentando encontrar un lugar donde guarecerse. El invierno era muy frío. Conocía la estación de Atocha porque había viajado desde Sevilla con un tren muy rápido. Sobrevivió gracias a la ayuda de Fatiha, una mujer marroquí que trabajaba en una cafetería por los alrededores de la estación del tren. La llevó a su casa, un pequeño piso del barrio de Lavapiés, donde pudo comer y dormir. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía el calor del hogar. A la semana siguiente Fatiha le dijo que no le podía seguir ayudando, su compañera de piso llegaría en pocos días y no se podía quedar con ellas. A pesar de lo cual le buscó una solución. El apoyo mutuo surgió y una vecina de Costa de Marfil le facilitó los datos de una chica que vivía en Barcelona en un centro de menores, para jóvenes que no tenían familia o que no se podía hacer cargo de ellos. Fatiha le compró un billete de autobús, le dio ropa de abrigo, latas de comer y unos cuantos euros, la acompañó y se despidieron. *“Todavía guardo su número de teléfono y la llamo cada mes, es como si fuera mi hermana mayor. No sé que hubiera hecho sin ella. Me ayudó mucho, no sé que hubiera sido de mí.”*

En un piso tutelado, Mariame

A partir de aquí empezó otro periplo, del cual conocemos algo más.

Todas las chicas que vienen y participan en el proyecto de nuestra entidad son jóvenes que viven en CRAEs o pisos tutelados con los cuales trabajamos coordinadamente. Los jóvenes que allí residen cada vez son de orígenes más diversos, pero las chicas que son de países extracomunitarios tienen que superar más obstáculos. Todos estos jóvenes tienen una doble condición jurídica: son inmigrantes y a la vez menores. Las administraciones competentes tienen el deber de tutelarlos, a pesar de que desgraciadamente la ley de extranjería está por encima de la ley del menor, y se convierte en un proceso lleno de contradicciones que crea resistencias y mucha frustración.

“En el centro había niñas más pequeñas y mayores. Había personas que nos cuidaban, pero yo sentía que nadie me quería explicar qué pasaba, no confiaba en nadie, esperar, paciencia... ¿Quién eran aquellas personas? ¿Por qué tantas preguntas? La policía vino a verme, ¿qué querían? ¿Había hecho algo malo? Un médico me hizo muchas radiografías de la muñeca, querían saber cuántos años tenía, yo tenía 15 años, pero no tenía ningún papel que lo dijera y tenía la sensación que no me creían. Cuando llegaron unos papeles de mi pueblo me dijeron que ya me podía quedar, que me arreglarían los papeles y que tenía que estudiar. Más promesas, otra vez, no creía a nadie...”.

Durante la conversación se acercó Mariame, la chica de Costa de Marfil que contactó cuando llegó a Barcelona. Ahora vivía con ella en el mismo centro y eran muy buenas amigas. Mariame la ayudó mucho, sobre todo a entender los nuevos códigos como por ejemplo las normas del centro, moverse por la ciudad, sobrevivir a las peleas que a veces surgían por un simple secador de pelo o unos pantalones, y entender su situación legal. Aisha nos confesó que al principio creía que la DGAIA⁷ era una persona. Después aprendió qué significaba estar tutelado, qué era un certificado de nacimiento, un pasaporte y un permiso de residencia, tener o no tener papeles, qué quería decir falta administrativa, expulsión, regreso voluntario, derechos y deberes. *“Estaba cansada de explicar siempre lo mismo, parecía un juicio, probar mi inocencia, mi edad, mi historia, todo podía ser una mentira... No entendía por qué tenía que pasar tantas entrevistas”*.

A pesar de que desde mi punto de vista el sistema de atención tiene muchas fisuras a nivel estructural, hay educadoras y educadores que trabajan en los centros, CRAE⁸ y pisos tutelados que hacen un gran acompañamiento pedagógico, que dan a los residentes una autonomía personal y social que los empodera y los ayuda a crecer y a luchar contra las resistencias. En el CRAE donde vivían, tenían muy claro que el mejor lugar para un menor es vivir con su familia, pero cuando esto no es posible intentan que el centro se asemeje bastante a una unidad familiar.

“Los papeles”, una necesidad vital

Pero Aisha no buscaba una familia, sólo quería tener papeles y poder trabajar: “Al principio me portaba mal, tenía odio dentro, como fuego, el corazón se volvía malo, ya no era puro. Quería llorar y sólo me salían palabras malas. Yo sólo quería trabajar, no quería ni cursos ni nada, quería tener dinero para ayudar a mi familia, pero me decían que no podía trabajar sin papeles. Yo les decía que ya hacía mucho tiempo que trabajaba, en mi pueblo, en Melilla, en Madrid. No entendía nada, yo ya era una mujer y no una niña pequeña.”

El té se volvió amargo y recordé momentos complicados dentro del aula

Durante mucho tiempo Aisha no dejaba que nadie se le acercara. Al principio fue muy duro pero aprendí a leer entre líneas. Me equivoqué muchas veces, haciendo interpretaciones erróneas. A veces la actitud de Aisha me incomodaba, lo sentía como un ataque personal, nada que ver con esto. Tuve que aprender a soportar su angustia y a vivir el conflicto como un elemento más del proceso de aprendizaje y encontrar herramientas para transformarlo en otra cosa. Convivir con la incertidumbre que

[7] Dirección General de Atención a la Infancia y a la Adolescencia de la Generalitat de Catalunya

[8] Centros residenciales de acción educativa

comporta este acompañamiento y la voluntad de “la menor” a ser acompañada en este proceso de aprendizaje me ha ayudado a encontrar canales de comunicación con estos jóvenes. Conocer la historia de Aisha nos situó en un lugar diferente, en un terreno labrado de escucha y de acogida, de silencios, de tacos y malentendidos, de sonrisas, de mucha paciencia.

El tiempo, el espacio y poder ver las cosas con algo más de distancia ayudaron a Aisha a encontrar el lugar desde donde abrirse y dejarse atravesar por la confianza, no sólo con nosotros sino con sus educadoras y educadores con los cuales, todavía ahora después de los años, mantiene contacto. Cuando cumplió dieciocho años pudo vivir un tiempo en un piso de transición, donde tuvo mucho apoyo. Aisha trabajó mucho y consiguió hacer un PQPI⁹ de la rama de hostelería, dónde hizo unas prácticas en un pequeño restaurante del Maresme¹⁰. El matrimonio que regentaba este negocio, Dolors y Mariano, supieron ver todo el potencial que tenía la joven, trabajaba con mucha ilusión, tenía muy buena mano para tratar con los clientes y de alguna manera se encontró como en casa. Mariano había emigrado de Murcia y de alguna manera compartía una historia común con Aisha.

Alguna de las veces que hemos coincidido siempre me recuerda aquella fiesta donde compartimos un té con menta y la sensación de haber encontrado un espacio de relación donde poder compartir el dolor, las alegrías pero sobre todo conocer a los demás desde otra posición superando la distancia que había construido la soledad y las expectativas truncadas.

Este podría ser un relato de éxito, pero no puedo dejar de lado todas aquellas historias donde los jóvenes han acabado cayendo en el territorio de la exclusión social, quizá los jóvenes no han querido recorrer un camino determinado, quizá tendríamos que redefinir y reinventar estructuras ya caducas, quizá tiene que ver más con la sociedad moderna líquida orquestada por el consumo de la cual habla Zygmunt Bauman: *“En un mundo de carácter empresarial y práctico como el que vivimos (un mundo que busca el beneficio inmediato), todo aquello que no pueda demostrar su valor con cifras es muy arriesgado..... Porque el ser humano ha dejado de tener valor “humano” para pasar a ser un simple objeto de producción o consumo.”*

Karima, Fátima y Milouda, mujeres trabajadoras

Karima, Fátima y Milouda tenían una cosa en común: trabajaban cuidando a personas mayores. Karima era una mujer menuda y dinámica. Sus palabras estaban llenas de

[9] Antiguos programas de calificación profesional inicial

[10] Comarca de Cataluña, limítrofe con la conurbanización de Barcelona

fuerza y de reivindicaciones. Siempre decía que había sufrido mucho para conseguir los papeles y que quería los mismos derechos que la gente de aquí. Trabajaba en un restaurante, pero se enfrentó a su jefa porque no le permitía trabajar con la dignidad y los derechos que se merecía. Perdió el trabajo y entonces empezó a cuidar a una mujer mayor por las noches. Por eso algunos días venía medio dormida a las clases, pero venía porque tenía muy claro que quería seguir estudiando, aprendiendo y mejorando.

Los ojos de Fátima miraban con una tristeza lejana, pero ella siempre sonreía, tan guapa y elegante, muy maquillada y bien peinada. No le costó conseguir los papeles, ya que se casó enseguida con un hombre de Cádiz. Después se separó y hace unos años que cuida tres personas mayores a la vez. Su situación de interna no le permite tener ni un espacio ni un tiempo propio. Sólo la dejan salir para ir a clase y los domingos. Esto es lo que más daño le hace, pero aguanta, porque quiere traer a su hija y cuidarla. Aguanta, pero, como Karima, habla de derechos y los reclama.

Milouda, en cambio, era una mujer muy tranquila y reservada. Hablaba bastante bien castellano pero hablaba poco. Un día me dijo que no se podía quedar más rato porque tenía que volver al trabajo. También trabajaba de interna cuidando una mujer de 80 años. Como a Fátima sólo la dejaban salir para ir a clase y el domingo por la tarde. Aproveché para decirle que tiene derecho a un día y medio de descanso semanal y ocho horas al día. Con los ojos medio llorosos me hizo alguna pregunta más y se fue con prisa. Unos días más tarde apareció en el despacho y preguntó con voz firme *“quiero saber los derechos de los trabajadores”*. La dirigí al Punto de Acogida, donde el abogado la asesoró y vio que cobraba mucho menos de lo que establecía la ley. Después participó en otra actividad donde mujeres de diferentes orígenes dialogaban sobre *“ser mujer”*. Milouda explicó que había dejado sus estudios cuando murió su padre y que había venido a trabajar para mantener a su familia, pero que estaba ahorrando y quería volver a Marruecos y hacer una carrera universitaria.

Hicham y Nígor, con estudios reglados

Hicham

Hicham llegó a Barcelona en 2007. Es marroquí y tiene 33 años. Desde el primer momento, empezó a estudiar castellano. Destaca en el aula por su interés y por su capacidad de aprender. Actualmente vive con su tía y con su prima, que también es su mujer porque se casó *“por los papeles”*. Curiosamente, su tía fue la primera mujer marroquí que vino a vivir a Barcelona, o eso dice él, hace más de 30 años. Fue ella quién le recomendó ir a la escuela a aprender castellano. Ella ya lo habla perfectamente, pero fue a la escuela porque no sabía leer ni escribir.

Hicham, en cambio, ha estudiado formación profesional: es instalador térmico. Pero toda su formación le sirve de poco aquí, puesto que los títulos no se convalidan fácilmente y su situación no le permite trabajar legalmente. A pesar de que le gustaría ejercer su profesión, dice que trabajaría de cualquier cosa. Como no trabaja, tiene mucho tiempo libre, así que intenta hacer cada día una actividad diferente: ir a la biblioteca, hacer la compra, ir a la oficina para intentar cambiar la tarjeta de residencia... También dice que no tiene amigos aquí, aunque ha conocido muchas personas en el centro.

Hicham domina perfectamente el árabe y el francés. También habla amazigh y dice que es *“el catalán de Marruecos”*. Esta lengua es etiquetada como dialecto oral, ya que en la escuela la formación se hace en árabe y en francés, a partir de los 9 años. Hablando con Hicham, me doy cuenta de que en Marruecos existe una diferencia entre la lengua escolar, el árabe y el francés, y la lengua familiar, que es considerada de forma peyorativa. Esto puede influenciar en la visión que se pueda construir del catalán y de la importancia de su aprendizaje.

Las personas recién llegadas desconocen la lengua de la sociedad de acogida, pero llegan con unos conocimientos previos (académicos, vitales, lingüísticos...). Además, si han sido escolarizados, tienen un determinado concepto de la escuela y de como se aprende una lengua. Sus conocimientos de idiomas y sus habilidades adquiridas a menudo facilitan la adquisición de la L2. En este caso, a Hicham le ha sido más fácil aprender castellano, puesto que conoce muy bien el francés. Si Hicham tiene una gran facilidad para aprender nuevos idiomas puede ser gracias a su formación previa y al grado de conocimiento y uso del árabe y del francés.

Estas lenguas las aprendió a través de métodos basados en la gramática y la escritura, básicamente memorísticos. Por este motivo, se sentía bastante incómodo con la metodología comunicativa empleada en las clases de Castellano Oral. Poco a poco, esta metodología tuvo que cambiar en parte para adaptarse a las demandas de unos participantes con unos altos niveles de formación previa y de conocimiento de otras lenguas. Se introdujeron aspectos más gramaticales y se utilizaba la escritura como apoyo y medio de aprendizaje regularmente. A la vez, los participantes también se fueron adaptando a los cambios que supone aprender una lengua con un método comunicativo.

A Hicham le parece bien trabajar en grupos pequeños, pero cree que también se tienen que dar clases donde el profesor explica. Además, opina que en el aula hay personas de muchas nacionalidades, y que por eso todo el mundo tiene que hacer el esfuerzo de hablar en castellano dentro de clase. Su principal queja hacia las clases ha sido siempre la misma: hacer pocas horas de formación. Actualmente el curso se realiza tres días a la semana, dos horas cada día. Además, dura sólo un trimestre, ya

que hay mucha lista de espera. Aún así, Hicham ha conseguido asistir durante los tres trimestres. Nos dice que también le gustaría dar clases de francés, para mejorarlo y para no olvidarse.

Nígor

Nígor tiene 25 años y también participa en el curso de castellano oral. Nació en la República de Tayikistan, un país que yo no conocía antes de conocerla a ella. Habla cuatro idiomas: tayiki, farisi, ruso e inglés. Por lo tanto, domina tres alfabetos (el árabe, el cirílico y el latino). Estos idiomas también los aprendió a partir de la gramática y dice que le es más fácil aprender a partir de la escritura. Nígor ha estudiado la carrera universitaria de economía, pero en España no puede ejercer, puesto que no posee ni la tarjeta de trabajo ni la de residencia, y en unos meses tendrá que volver a irse.

Hicham y Nígor

Nígor conoció a Hicham en la clase de castellano oral. Dicen que en el aula se ha creado un espacio de interrelación entre personas de diferentes orígenes y culturas y que les ha permitido conocer gente nueva, ya que en España su red social es muy reducida.

La relación entre Hicham y Nígor es muy estrecha y han establecido un vínculo afectivo muy intenso y verdadero. Por esta razón tienen una gran motivación para aprender castellano, puesto que es el único idioma que comparten, con el cual tienen la oportunidad de conocerse más profundamente y establecer relaciones. Si el aprendizaje de las segundas lenguas mejora cuando se tiene una percepción positiva sobre el idioma que se aprende, seguro que para ellos aprender castellano será una tarea fácil y enriquecedora.

Poco a poco, Hicham y Nígor se incorporaron a las dinámicas del centro y se convirtieron en miembros activos de la comunidad. El aprendizaje de la lengua les había proporcionado el principal medio para la participación. Actualmente Hicham continúa asistiendo a clase. A pesar de que los contenidos se repiten, siempre hay aspectos diferentes y aprende cosas nuevas, a la vez que ayuda al resto de compañeros y compañeras. Nígor tuvo que volver a Tayikistan porque caducaba su visado de turista.

Un año después...

Estaba trabajando en el despacho del centro cuando apareció de golpe el padre de Nígor preguntando por mí. Me traía un regalo de parte de su hija. Poco después Nígor me añadió al "facebook" y hablamos un poco. Entre inglés y castellano me preguntó por Hicham. Yo le dije que hacía poco que lo había llamado por error y que estaba

bien, trabajando en el campo en Andalucía. Quizás algún día nos volveremos a encontrar.

Lèssia, nacida en Ucrania

Lèssia es una mujer de Ucrania de unos 45 años que vino a aprender castellano durante dos cursos. Había llegado a nuestro país hacía casi 5 años y estaba a punto de recibir la residencia permanente. Era una mujer muy apacible, que hacía que todo el mundo que estuviera a su lado se sintiera muy a gusto. Era licenciada en lo que aquí equivaldría a INEF, pero trabajaba en el campo de la limpieza. Sin embargo, se sentía afortunada porque trabajaba para una empresa y tenía contrato y permiso de trabajo. Muchas mujeres no tienen tanta suerte y trabajan en la economía sumergida.

A pesar de dedicarse a la limpieza estaba muy contenta de estar en este país porque tanto ella como su marido tenían trabajo y podían sacar adelante la familia. Después de la caída de la URSS la vida en Ucrania se hizo muy difícil y aquí habían encontrado un futuro. Su marido había venido antes que ella y se había espabilado. Más tarde llegó ella con sus dos hijos adolescentes. Había empezado a trabajar para la empresa de limpieza pero trabajaba sola, lo que hizo que aprendiera castellano para hacerse entender pero con muchas incorrecciones. Su marido, en cambio, hablaba bastante bien la lengua y los hijos aprendieron catalán y castellano al estar escolarizados aquí.

Lo que recuerdo con un poco de mal gusto de boca era la manera como el marido o la hija adolescente la corregían sin contemplaciones cuando hacía alguna incorrección. Supongo que no se daban cuenta, pero utilizaban un tono de superioridad que desde fuera no parecía el más adecuado. No es la primera vez que me he encontrado con una situación como esta, sobre todo con mujeres magrebís; los maridos llegan primero y aprenden a hacerse entender. Las mujeres y los hijos llegan después. Los hijos se escolarizan y la mujer (ya sea porque se queda en casa para cuidar de los hijos o porque acaba trabajando en la economía sumergida) no aprende bien la lengua, cosa que acaba afectando su autoestima. En las clases intento tener muy presente este hecho porque estoy convencida de sus capacidades y procuro mantener altas expectativas en sus aprendizajes.

La esperanza de Mustafà

Mustafà es un joven de 18 años. Nació el 7 de diciembre de 1995 y creció en una zona rural de Ghana, pero ya lleva seis años lejos de su hogar y, cuando le conocí creo que diez u once meses o más en España. Después de muchos esfuerzos y dificultades actualmente vive con tres compañeros en un piso situado en un barrio de Barcelona, mientras se forma y está pendiente de regularizar su situación.

Mustafà proviene de una familia muy pobre y numerosa, cuando se le pregunta incide en la precariedad y la miseria de los pueblos de su país: *“Mi familia está en África, es muy pobre y mucho problema con esto, por eso vine aquí”*. Su padre ha tenido cuatro mujeres de las cuales sólo vive una y conviven con los más de veinte hijos en una casa muy pequeña, donde duermen hasta diez personas en una misma habitación. *“Mi familia es muy grande, por mi madre nosotros somos 5 hermanos, por mi padre somos 21 o 25 ahora. Mi padre tiene cuatro mujeres, pero ahora le faltan tres. Mi madre murió cuando yo tenía 7 años.”* De los cinco hermanos, el mayor tiene 33 años, el segundo 28, el tercero 26 o 27, después la única hermana, 21 o 22 y finalmente Mustafà de 19 años es el pequeño. La relación entre hermanos es bastante buena, hablan por teléfono de vez en cuando. Como en casa no tienen teléfono, cuando quieren contactar padre y hermanos se dirigen a casa de un vecino y llaman al móvil de Mustafà, aunque ya hace dos o tres meses que no habla con su familia.

La economía de toda la familia se basa en el cuidado y la venta de vacas, trabajo en el que colaboran todos los miembros desde muy pequeños: *“Cuando yo era un niño sólo cuidaba las vacas, no jugaba con amigos, ni con mis hermanos. Hay mucho problema y no se puede jugar”*. Mustafà explica como los niños de los pueblos no pueden ir a la escuela porque está demasiado lejos. Los padres que quieren llevar sus hijos a la escuela tienen que trasladarse a la ciudad y, si no tienen dinero, no pueden estudiar. *“Yo nunca he ido a la escuela. Yo he aprendido a leer y escribir aquí en España sin saber nada”*. Ciertamente su proceso de aprendizaje ha sido muy rápido y satisfactorio, ya que en los 11 meses que lleva en España el joven ha superado los niveles de alfabetización y neolectura y actualmente asiste a clases de castellano.

Dadas las circunstancias de extrema pobreza de la familia y después de la muerte de su madre a la que quería mucho, Mustafà y un amigo suyo que soñaban con ir a Europa para buscarse un futuro mejor empezaron a organizar su proyecto migratorio más personal que familiar. *“Cuando yo tenía 12 años, más o menos, tenía un amigo mayor que yo y me dijo que quería ir a Europa, mi amigo tenía dinero y me dijo que él me ayudaría y que cuando quisiera nos íbamos los dos”*. El amigo lo habló con su padre, pero no obtuvo el permiso deseado: *“Mi padre no quería que marchara, soy su hijo pequeño y no quería que dejara la casa para buscarme la vida. Yo soy el único que me he ido”*.

Sin el consentimiento paterno los dos niños/adolescentes iniciaron su viaje. Al primero de los destinos, Malí, llegaron en autobús y se buscaron la vida durante unos meses gracias al trabajo de su amigo, que se dedicaba a bordar camisetas y otras prendas con una pequeña máquina de coser. Cuando ahorraron algún dinero y tuvieron la información necesaria decidieron viajar hasta Argelia, pero tuvieron problemas: *“Fuimos en jeep un trozo y después andando. Durante el camino nos robaron la*

comida, el agua, el dinero. Lo hacen con toda la gente que quiere pasar de Malí a Argelia, no es policía, sólo roban. Tienen un coche de guerra, con cosas de guerra y cuando vienen te piensas que es policía pero no, te tiran al suelo y te sacan todo de los bolsillos". Mustafà y su amigo se quedaron sin dinero, sin agua y sin comida. Una vez llegaron a Argelia como pudieron estuvieron "buscándose la vida" en un pueblo de la frontera, pero querían seguir su camino hacia Marruecos. En Marruecos se quedaron tres años en tres ciudades diferentes. Durante este tiempo los dos jóvenes se separaron y desgraciadamente el viaje del amigo mayor de Mustafà acabó demasiado temprano: *"Ahora mi amigo está muerto, cuando quería venir a España la patera tuvo un accidente..."*

En Marruecos hubo mucha gente que ayudó a Mustafà. Explica que unos amigos marroquíes lo ayudaron a cruzar el estrecho sin tener que pagarles nada y relata su experiencia: *"Vine con una zodiac de siete metros con ochenta y siete personas. Era por la noche y estuvimos como 12 horas en el mar. El mar estaba tranquilo pero pasas mucho miedo porque cuando pasa una hora y no has visto ninguna montaña..."*. Desembarcaron en un pueblo de Granada. *"Cuando llegamos la persona que conducía la patera salió a salto de mata porque decía que tenía problemas con la policía, pero cómo yo no conocía el pueblo y no sabía donde ir me fui con la policía. Me dijeron que yo no tendría problemas con la policía"*. Como el chico no llevaba ningún tipo de documentación y aparentemente podría pasar por mayor de edad suponemos que la policía estaba en otras cosas y dejó que continuara su camino. En Granada conoció un chico marroquí que le aconsejó que fuera a Barcelona porque encontraría muchos compatriotas de su país, le pagó el billete de autobús y le dio 25 euros para lo que pudiera necesitar.

Cuando llegó a la estación de autobuses de Barcelona decidió pedir ayuda a unos policías: *"Yo no conocía a nadie y pregunté a unos policías, me dijeron que fuera a una ONG que estaba en Plaza España, me dijeron como ir en metro. La ONG me dijo que como no tenía documento, no podían hacer nada, que no tenían ninguna ayuda para mí porque no tenía pasaporte y me enviaron al abogado"*. La Fundación a la cual derivaron a Mustafà cuenta con varios letrados sociales especialistas en casos de menores inmigrantes y allí empezaron a estudiar su situación. Además, en la misma Fundación contactó con dos educadoras que le echaron una mano en la investigación de recursos y también conoció a los que ahora son sus amigos más cercanos en la ciudad. *"A mis amigos los conocí en Plaza España donde está el abogado. Allí cada persona tiene sus problemas. Nos preguntamos: "Yo soy de Ghana, ¿y tú?". "Yo también soy de Ghana". "Dónde vives?" "Vivo muy cerca...", "y allá decidimos ser amigos. Y poco a poco somos familia"*.

A pesar de que Mustafà llegó a Barcelona en mayo de 2012 siendo menor de edad, no accedió a un centro de protección de menores hasta meses más tarde. La falta de documentación y la supuesta mayoría de edad diagnosticada por las pruebas de la muñeca dificultaron los trámites obligando al chico a malvivir en la calle durante este tiempo. *“Tuve que llamar a casa para que me enviaran el certificado de nacimiento, y me lo enviaron. A los dos meses hice mi pasaporte. Yo en mi país nunca he tenido pasaporte”*.

Junto con los tres compatriotas que conoció en la oficina del abogado decidieron seguir juntos su camino. Justamente el mes de mayo coincidió con el movimiento del 15M en la Plaza Cataluña de Barcelona donde fueron acogidos los cuatro chicos en las tiendas de campaña de algunos participantes de la protesta. Pero a finales de mayo se desalojaron las principales acampadas del estado y volvieron a encontrarse en la calle, aunque por suerte conocieron a otro ghanés algo mayor que ellos. *“Después encontramos a un señor de Ghana que nos dijo que cuando no tuviéramos donde ir a dormir que fuéramos a su casa que no pasaba nada, era una casa ocupada”*.

Durante estos meses a Mustafà también le apoyaron desde una entidad en la que trabajaba una de las educadoras que se encontró en la oficina del abogado. Por un lado se le ofreció formación, oportunidad que supo aprovechar muy bien puesto que desde entonces asiste todas las mañanas a clase de competencias básicas y recibe acompañamiento por parte de las trabajadoras de la entidad. Además, una de las educadoras acogió al chico en su casa durante una temporada mientras se solucionaba su situación, y más tarde pernoctó unos días en un albergue de personas sin techo. Según explica Mustafà, en el albergue había muchas personas mayores, algunos toxicómanos y enfermos, con los que no le gustaba compartir dormitorio ya que le angustiaba contagiarse de alguna enfermedad. *“Después fui al albergue, en el albergue hay muchos enfermos, es muy malo, estuve dos semanas, me daba miedo porque tienes un enfermo al lado..., yo tenía tos...”*.

En agosto, después de la llegada del certificado de nacimiento que demostraba su minoría de edad a las administraciones españolas, Mustafà fue acogido en un centro de protección de menores. Pero su estancia allí no duró ni dos semanas. Supuestamente su documentación podía haber sido falsificada y no tener validez. Para llegar a esta conclusión se tomó como única referencia el resultado de las pruebas médicas de las cuales se desprendía la mayoría de edad del joven. *“A pesar de que tenía 17 años me dijeron que tenía que irme”*. La experiencia de Mustafà en el centro tampoco fue agradable porque, según relata, había un alto grado de conflictividad. Se sintió fuertemente discriminado por los educadores, mayoritariamente de origen marroquí, y por sus compañeros, también marroquíes, que al ser mayoría dominaban la situación: *“En el centro estaba muy mal porque la gente de allí no quiere a gente de*

otros países, la gente de allá son todos marroquíes, todos los educadores son marroquíes y no les gustan los negros. Había un educador español que era muy bueno y me ayudó, era muy tranquilo. Allí los chicos que hacían algo mal, si tú hablabas no encontrabas ninguna respuesta positiva, ellos tienen la verdad más que tú. Se peleaban siempre”.

Mustafà fue expulsado del circuito de protección sin documentación e inmediatamente fue acogido en un programa de pisos tutelados de una fundación. Pero la inadaptación del joven a las normas establecidas y la difícil relación con la educadora del piso hicieron que fuera expulsado por mal comportamiento, por lo que se vio de nuevo otra vez en la calle. Las trabajadoras de la entidad donde recibe formación volvieron a buscar y lograron derivarlo a otro recurso especializado, a una importante asociación que asumió la manutención y la vivienda con el seguimiento de una trabajadora social.

Actualmente Mustafà se siente más tranquilo aunque está preocupado por su situación de irregularidad; sigue viviendo en el piso donde, hasta el momento, le renuevan el contrato cada tres meses y se encuentra respaldado por los recursos que le apoyan: la entidad de formación y acompañamiento, la asociación que le proporciona vivienda y manutención y la fundación donde el abogado intenta resolver su permiso de residencia y trabajo. *“Ahora vivo en un piso con cuatro compañeros, tres de Ghana y uno del Marruecos. En casa no hay problemas. La trabajadora social viene cada viernes y hacemos reunión. El barrio es muy tranquilo, hay mucho respeto, yo quiero quedarme a vivir aquí”.*

Mustafà se despierta temprano todas las mañanas para ir al centro de formación y, aunque las clases no empiezan hasta las nueve y media, él ya está allí a las nueve para encontrarse con los amigos, conectarse a internet o estudiar castellano en un espacio de acogida donde se siente reconfortado. A mediodía come en casa y por las tardes va a clase en la otra asociación, tres días por semana. Las dos tardes que tiene libres las dedica a ensayar con un grupo de música que ha formado con sus tres amigos ghaneses: *“Vamos a cantar a una casa ocupada de un ghanés que hace muchos años que tiene experiencia cantando y tiene un estudio de música para la gente de Ghana, y para blancos y todos. Mis amigos viven en la casa ocupada porque ellos no tienen ninguna ayuda”.* Finalmente los sábados por la mañana hace un curso de cocina de cuatro meses de duración. Todas estas actividades las compagina con las plegarias que practica en la mezquita, donde acude diariamente varias veces para resguardarse de sus inquietudes y fortalecer, de alguna manera, los rasgos de identidad que lo aproximan a su cultura: *“Yo soy musulmán, voy a rezar a la mezquita cinco veces al día, para mí es muy importante”.*

De momento Mustafà quiere aprovechar todas las oportunidades formativas que le ofrezcan, y ciertamente, pone un gran interés y asiste con mucha responsabilidad. Debido a las circunstancias de irregularidad administrativa no se atreve a buscar trabajo y prefiere esperar a que la situación mejore. *“Aquí no he buscado trabajo nunca porque no tengo documento y cuando buscaba no encontraba trabajo por mis años. Ahora quiero estudiar mucho y después trabajar. Todos los trabajos que yo encuentre trabajaré, para poder ayudar a mi familia, porque mi familia es muy pobre. Me gustaría quedarme a vivir siempre en Barcelona y ayudar a mi familia”*.

Sin hogar: alegres e indignados

Ya hace dos años que me topé de golpe con la precariedad en que viven algunas de las personas que tenemos en clase. A veces ni nos damos cuenta, si no preguntamos o no nos interesamos, y pensamos que las ausencias y las caras de sueño o fatiga se deben al aburrimiento.

Un día Tom vino a buscarme al despacho para decirme que a “su educador” le parecía muy bien que hiciéramos salidas con el grupo de clase. Yo le pregunté de qué educador me hablaba. Entonces me dijo una frase que todavía recuerdo porque, en aquel momento, me sorprendió mucho: *“como me vivo en la calle...”*. Poco a poco fui conociendo su historia. Tom era belga y había caído en un alcoholismo que lo había llevado a vivir en la calle. Ya lo había superado y vivía en un centro residencial. Cuando acabó el curso me invitó a comer a su nueva casa. Seguía haciendo tratamiento, había pasado del centro residencial a un piso tutelado, pero hace unos meses lo vi durmiendo en la entrada del metro de Plaza Cataluña.

Hace unos días me llamaron para decirme que un asentamiento, una nave industrial ocupada donde vivían más de 100 personas, sobre todo hombres sudharianos, se había incendiado y había 50 personas que no tenían donde dormir. Entre ellos muchos de mis alumnos. Algunos desaparecieron de las clases, otros continuaron estudiando o pasando por el Punto de Acogida. A Baba, de Jamaica, lo vi aquella misma tarde. Teníamos que ir al Auditorio a oír un concierto de reggae. No sabía donde dormir aquella noche y se había hecho daño en una pierna, pero estaba feliz porque el sol brillaba y tenía ganas de ir al concierto. Me explicó que quería crear una asociación para montar un festival con músicos de Jamaica y hacer un intercambio con músicos de aquí. Desprendía ilusión y ganas de vivir, sin ninguna preocupación por sus circunstancias. Al final, conseguí que aquella noche fuera a dormir a una parroquia. Durante las semanas siguientes se alojó con algunos compañeros más en el Centro Social Ocupado del barrio.

Una semana después, nos encontramos a Baba en las fiestas del barrio. Cogió la guitarra para cantar versiones de Marley con el grupo de música. Mamadou, otro de

los afectados por el incendio, me explicó que había ido a Santa Coloma a casa de unos amigos, pero aquella noche no tenía donde dormir. Yo le dije que aquella noche yo también dormiría en la calle, quería pasar la noche en la Plaza Cataluña, con el movimiento de los indignados, que apenas acababa de empezar. Mamadou, que ya había participado en varios movimientos sociales en Zaragoza, se animó enseguida y me acompañó. Cuando llegamos, la plaza estaba llena de gente y de un ambiente cálido y esperanzador. Con unos amigos nos metimos como pudimos para asistir a la asamblea. Mamadou escuchaba atentamente y nosotros le íbamos traduciendo. Levantó la cabeza y, al ver toda la gente sentada, participando, dijo que nunca había asistido a un acto parecido. Finalmente, nos estiramos en medio de la plaza para pasar la noche.

Hace unos días realizamos unas jornadas con toda la gente que trabaja con el colectivo de personas que habitan las naves ocupadas. Entre los participantes había muchos chicos de los asentamientos. En el grupo de formación surgió como importante el tema de la necesidad que tienen muchos de ellos de alfabetizarse. En aquel momento, Ibrahima, muy acertadamente, comentó que la mayoría viven situaciones tan precarias que necesitan trabajar y buscarse la vida. Tienen que ver la necesidad que existe de aprender a leer y escribir para seguir estudiando, pero si en la formación no les dan herramientas directas para trabajar no continúan. Si hacemos un curso sólo para aprender a escribir, sin dar recursos para encontrar trabajo, o que compense de alguna manera el hecho de asistir al curso y dejar de trabajar, “los perderemos”.

En aquel momento pensé en todos los alumnos que habían pasado por la clase unos días y que no habían vuelto. A veces nos hemos vuelto a encontrar en el metro (cuando iban de camino a vender bolsos o CDs); o en la calle (empujando un carrito y buscando chatarra); o en las fiestas que celebramos habitualmente, bailando y riendo cuando oyen un ritmo africano.

Roberto, busca una nueva vida

Roberto, de 33 años y nacido en Salamanca, decidió venir a vivir a Barcelona hace dos años. Ya hacía unos meses que se encontraba en situación de paro y no veía ningún tipo de salida. Lo meditó mucho, ya que lógicamente le costaba dejar atrás la familia y los amigos, pero tampoco tenía nada que lo ligara de por vida a su ciudad. Así que un buen día comunicó esta decisión a sus padres. *Estás loco, ¿cómo vas a ir a Barcelona? ¿No ves que si no sabes catalán no encontrarás trabajo? ¿No oyes lo que dice la tele? Allí, si no hablas catalán, la gente ni te contesta por la calle. Además, con lo tacaños y lo cerrados que son, no harás amigos. Vas a estar muy solo. Espérate unos meses a ver si encuentras algo y si no ya te ayudaremos nosotros. Hijo, no nos hagas sufrir así...* Roberto sabía que reaccionarían así y no hizo caso. La decisión estaba muy meditada.

Llegó a Barcelona y enseguida empezó a buscar trabajo. Alquiló un piso y se apuntó a un gimnasio. No era nada fácil encontrar trabajo, pero no se desesperó. Pudo hacer su vida cotidiana sin necesidad de hablar lo más mínimo catalán. Si él hablaba en castellano cuando iba a comprar, se le dirigían en castellano. Así se lo explicaba por teléfono a los suyos, que se lo creían, pero con reservas. Si lo dice la tele, por algo será, continuaban pensando. Pasaron los meses y Roberto decidió aprender catalán por iniciativa propia, porque pensó que quizás sí que le sería más fácil encontrar trabajo, también porque veía carteles por la calle y quería entender qué decían, y porque había hecho unos amigos catalanes en el gimnasio que le hablaban castellano pero le enseñaban algunas palabras sueltas en catalán y le hacía gracia.

Cuando empezó las clases le extrañó encontrar gente de todas las edades, unos que tenían estudios y otros no, hombres y mujeres, unos trabajaban y otros buscaban trabajo como él. Había también gente de fuera del país. Los llamaban los recién llegados. Esperaba empezar con lecciones de gramática, pero la profesora les pidió que se movieran por la clase, que se saludaran entre ellos y preguntaran cómo se llamaban. No se lo esperaba, la verdad. Incluso, le extrañó bastante y al principio no le gustaba mucho. Un día se lo comentó, cuando ya llevaban unas cuantas sesiones y él había perdido parte de su inseguridad. Le daba mucha vergüenza hablar en catalán con los compañeros y compañeras del curso, le parecía que hacía el ridículo mezclando palabras en catalán con dicción castellana, con palabras en castellano y en “catañol”, pero se veía forzado por la dinámica de la clase. No escribían mucho. En poco tiempo aprendió bastante para defenderse un poco, a pesar de que le continuaba dando vergüenza hablarlo en la calle y seguía utilizando a menudo el castellano.

No hace mucho me lo encontré por la calle y me dijo que había encontrado trabajo, no con contrato indefinido, pero al menos de momento tenía para ir tirando. Su familia lo vino a ver y lo encontró satisfecho con la decisión que había tomado. Tenía amigos e incluso una media pareja.

Andreu, portero de discoteca

Andreu es joven pero no adolescente. Ha decidido por su propio pie continuar con sus estudios inacabados. Dejó el instituto “por problemas familiares” y se puso a trabajar. Nunca le ha importado mucho no tener estudios. Ha trabajado siempre en una discoteca. Buena vida. Hasta hace un tiempo. Cree que “puede hacer algo que realmente le guste en la vida”. Quiere entrar en un ciclo formativo, pero no tiene la ESO ni ninguna titulación previa y por eso ha decidido venir a la escuela de adultos. Aunque está muy decidido a estudiar, no se ve capaz. Hace los deberes de manera irregular. Siempre quiere hacer más de lo que realmente se le pide, y se compara con

sus compañeros. “Ellos sí aprobarán y yo no, yo soy más lento y no tendré tiempo en el examen”.

Andreu ha pasado por momentos familiares muy duros, y ha pasado por una depresión, de la que todavía está saliendo. Aún así, tiene momentos flojos. Se le nota en clase. Cambios de humor repentinos. Es sociable, excepto los días grises. En estos días se aísla y en clase se aturde. Estos días, no quiere estimularse, no ve la diferencia entre un adjetivo y un sustantivo, entre un verbo y un pronombre. Y esto, lo hunde. Alguna vez se ha ido a casa, mientras yo estaba de espaldas ayudando a otro compañero. Y ha vuelto, al día siguiente, alegre como si nada hubiera pasado en la clase anterior.

Pero esto no es un problema para seguir el curso. Por la experiencia en el centro, sabemos que las personas con problemas de salud mental nos piden que seamos más flexibles en cuanto a la asistencia o tener que irse de clase cuando no se encuentran bien, ya que a menudo venir no estando bien o no irse cuando se encuentran mal puede hacer que se encuentren peor. Ante esto quizás lo mejor es dar a la persona la posibilidad de decidir qué necesita hacer y a la vez recordarle las ganas que tenemos de que siga viniendo cuando él lo decida, probando sólo un rato, si hace falta.

Con Andreu he descubierto la importancia de hacer un acompañamiento personal con estos jóvenes. Estar con ellos charlando sobre su pasado y su día a día, sus expectativas y su futuro, es igual o más importante para el proceso de aprendizaje que están viviendo, como hablar de materias de la clase, de dudas, de los exámenes. He estado intentando convencerle de que es totalmente capaz de aprobar y salir adelante. A pesar de saber que de esto nadie te puede convencer. Verdaderamente lo aprendes cuando lo experimentas.

Mimouna y Nadia, dos adolescentes muy diferentes

Mimouna y Nadia son dos hermanas que nacieron y vivieron en Nador hasta que fueron adolescentes y su padre las trajo a Barcelona hace apenas tres años. Primero, como muchas de las familias marroquíes que conocemos, llegó el padre con un visado de vacaciones. El padre trabajaba de taxista en Marruecos, pero cobraba muy poco y decidió venir a Cataluña animado por familiares, amigos y conocidos que ya estaban aquí. Ellos le decían que era fácil encontrar trabajo y estaría mucho mejor pagado que en su casa. Así que vino buscando un futuro mejor para él y su familia. Aquí encontró trabajo de albañil aprovechando el boom inmobiliario que vivimos. Una vez establecido, reclamó la reunificación familiar y trajo a su mujer y a los hijos.

Mimouna y Nadia habían hecho formación secundaria en Marruecos, pero al llegar aquí la falta de conocimientos del idioma no les permitió acceder a estudios

superiores. Por este motivo se acercaron al Centro para aprender castellano. Mimouna, puesto que era mayor, había hecho un tipo de módulo profesional de idiomas y ya tenía algunas nociones de la lengua.

A pesar de que llegaron sin saber mucho castellano rápidamente lo aprendieron. Ayudó mucho el hecho que se encontraron en un grupo con otras chicas de su mismo perfil y todas ellas tenían muchas ganas de aprender. Desde el colectivo nos enteramos que tenía la oportunidad de que hicieran un curso de cocina del Servicio de Ocupación de Cataluña. Este curso era dirigido especialmente a mujeres inmigradas y además de las destrezas profesionales, se trabajaba la acogida y se hacía formación en catalán.

Hicieron el curso e hicieron las prácticas correspondientes. Al finalizar, Nadia optó por buscar algún otro curso de formación ocupacional. En cambio, Mimouna quería seguir sus estudios, así que se inscribió en la escuela de adultos y está estudiando el graduado en educación secundaria. Ya lleva dos años en la escuela de adultos y le va muy bien. El hecho de venir a un país donde se tienen que aprender dos lenguas, quizá le haya retrasado un poco su recorrido formativo, pero no ha sido un freno para ella. Es una chica con unos objetivos claros que lucha por conseguirlos.

Las dos hermanas partían casi de la misma formación pero optaron por itinerarios diferentes, tan diferentes como sus maneras de pensar y ser: Mimouna es muy tradicional, muy creyente y lleva pañuelo, a diferencia de Nadia que no lleva pañuelo y tiene un pensamiento menos tradicional que su hermana. Por mi experiencia el hecho de llevar pañuelo o no llevarlo no determina que la persona sea más tradicional o menos, más abierta o cerrada de criterio. El pañuelo puede ser fruto de costumbres arraigadas, de las imposiciones paternas o de las presiones del ambiente, de la reafirmación de una identidad que se siente rechazada o de la resistencia ante imposiciones externas. Pero llevarlo o no llevarlo no define el pensamiento en su totalidad, no es signo de ideas monolíticas. Como en todos nosotros, con pañuelo o sin él, la forma de pensar y actuar muestra contradicciones cotidianas.

Pero volviendo al caso de Mimouna y Nadia, una sigue con más fidelidad las tradiciones y las creencias de su entorno, mientras que la otra es más abierta a formas diferentes de vivir la vida.

Tomás, sencillamente “el loco”

Tomás lleva unos cuantos meses viniendo a clase, vive en el departamento de psiquiatría del centro penitenciario, donde ingresó ya hace casi dos años, y como os podéis imaginar los delitos tienen mucho que ver con su enfermedad, con su manera de ser y de estar en la vida.

Cuando se incorporó el primer día al aula venía muy nervioso, a pesar de que nos conocíamos, ya que antes fui un par de veces a psiquiatría para hablar con él y explicarle en qué consistía la escuela y qué estábamos haciendo. Recuerdo que me saludó, se giró hacia los compañeros de la clase que ya se encontraban sentados y presentó su “carta de identidad”: “Hola, buenos días, soy Tomás, estoy en psiquiatría y soy esquizofrénico desde los 15 años”. No diré que me impresionó puesto que no era el primer alumno que venía de este departamento ni con “dictámenes” psiquiátricos, pero sí que tengo que reconocer que era el primero que se presentaba aportando tanta información y tan personal el primer día y ante el grupo, quizás un poco para justificar las posibles dificultades que preveía encontrar o quizás porque el hecho que todo el mundo lo supiera en parte lo tranquilizaba.

Durante los primeros días me dediqué más a él, lo observaba en momentos de trabajo, le preguntaba constantemente y al final de la clase intentaba recoger su opinión de la sesión. Intentaba sobre todo detectar los primeros indicios de nerviosismo que demostraba cuando no acababa de entender algo o no le acababa de salir. Si en aquellos primeros momentos yo podía acercarme, estar con él y ayudarlo, el tema no iba a más. Ahora pienso que es curioso pero de manera natural esta función mía la asumieron, incluso con más éxito, algunos alumnos de la clase, lo cual me facilitaba poder estar otra vez con plena disponibilidad para todos.

Fue muy, muy importante el trabajo de reconocimiento con el resto del grupo, sobre todo las primeras semanas, en algún caso con charlas informales e individuales con algunas personas algo más reticentes a entender y a aceptar las diferencias de los otros, y ser capaces de pensar en las propias. Pienso que, a pesar de todo, no fui capaz de llegar a todos y de hacer entender la singularidad y potencialidad de Tomás; recuerdo un par de alumnos que se negaban rotundamente a trabajar con él o a sentarse cerca, por lo tanto, después de algunos intentos fallidos, opté por evitar los conflictos en el aula y dejar que se mantuvieran al margen. Todavía ahora no sé si opté por la mejor opción pero lo que sí recuerdo era el ambiente tenso y desagradable que se creaba en el aula en estos momentos (y sobre todo para Tomás por la parte de protagonismo que involuntariamente tenía).

Tomás es participativo y le gusta mucho hablar, a pesar de que a veces no del tema que toca. Esto no tiene más importancia si no hay alumnos que le responden con malas formas o con sonrisas por sus aportaciones. Lo que tenía claro es que esto no lo permitiría. En poco tiempo, el comportamiento del resto de alumnos con él (a parte de aquellos dos) fue de normalidad y me consta que Tomás lo agradeció. Un hecho significativo que ayudó bastante fue descubrir que Tomás era bastante bueno en matemáticas y además también entendía y hablaba con fluidez francés (por cuestiones familiares). Estos dos aspectos le aportaron un reconocimiento de los compañeros.

Es verdad que no es habitual que hablen de su enfermedad, normalmente prefieren esconderla ante el grupo, a pesar de que en prisión los espacios de intimidad y confidencialidad son casi nulos y por lo tanto creo que Tomás optó, muy inteligentemente, por avanzarse a las posibles preguntas de sus compañeros. En todo este tiempo creo que Tomás ha encontrado un buen espacio donde se encuentra cómodo tanto con los compañeros como conmigo. Un espacio de cierta tranquilidad, donde se siente reconocido y valorado. Un espacio donde puede ser uno más sin la necesidad de ser el “trastornado”, “el loco”, o “el desequilibrado”. Un alumno más, con sus propias dificultades y limitaciones pero también con sus habilidades y capacidades, y por qué no, manías. Un lugar donde puede ser sencillamente Tomás.

Su asistencia es un poco irregular ya que son muchos los días que por un motivo u otro no se encuentra con fuerzas o con ganas de venir. A veces pasa por periodos emocionalmente inestables, pero vuelve a la escuela cuando se encuentra mejor (“compensado” en términos psiquiátricos). Con él soy más flexible con las asistencias, sobre todo lo animo a venir y le explico lo que tengo preparado para hoy o como nos lo pasamos ayer. Es cierto que alguna vez lo he convencido de venir a clase y no se ha arrepentido.

Hay muchos días que en clase tiene dificultades de concentración, de atención o de memoria, pero no más que el resto de alumnos que, como no puede ser de otro modo, tienen su cabeza y sus pensamientos colapsados por las preocupaciones que comporta el vivir apartado, aislado y sin libertad. Pienso que los momentos más provechosos para todos (depresivos, bipolares, psicóticos, esquizofrénicos, neuróticos, y también los que todavía no estamos “diagnosticados” de nada) es cuando nos sentimos reconocidos por el resto de compañeros, cuando en un trabajo en grupo nos valoran el trabajo que hemos sido capaces de hacer y nos agradecen los esfuerzos y la implicación, no sólo por nuestro propio aprendizaje sino y sobre todo por el aprendizaje que hemos sido capaces de provocar en los otros, los compañeros.

Cuando sientes que los alumnos tienen sentimiento de pertenencia al “grupo”, cuando las colaboraciones permiten abrir espacios nuevos de confianza, cuando bromas y sonrisas son habituales en el aula,... entonces la incertidumbre sobre las propias capacidades desaparece y nos giramos a mirar nuevos horizontes y nuevas posibilidades.

En definitiva, lo que más me ayuda a plantear o prever las sesiones como docente no es conocer el “diagnóstico” del alumno, la medicación que toma, la situación psíquica actual, el historial psiquiátrico, a pesar de que son conocimientos que ayudan a situarme, sino lo que en realidad me da herramientas para pensar el aprendizaje es conocer con qué o con quién se siente más a gusto, qué trabajos le cuestan más, cómo se encuentra de ánimos, qué le provoca más ansiedad, con qué es muy habilidoso,...

por eso tenemos que estar disponibles, abiertos, atentos y en alerta permanente para captar con sensibilidad todos aquellos elementos que conforman la “constelación” propia, individual y única de cada alumno y que nos “guiarán” en la gestión del aula día a día.

Posiblemente todos somos un poco antisociales, ansiosos, psicóticos o tenemos algún trastorno de personalidad, pero en ningún caso tiene que comportar un situación de no aprendizaje sino quizás lo que nos tenemos que plantear es otro aprendizaje, otra manera de hacer docencia, aquella que provenga de una enseñanza que tenga en cuenta sobre todo el alumno, sus características y diferencias, sus intereses y posibilidades, sus gustos y maneras de hacer,... para significar, hacer cambiar, construir, o sencillamente provocar cuestionarnos lo que hacemos, lo que somos o aquello que sabemos,... que nuestra enseñanza pueda dejar un residuo en todos y cada uno de los alumnos.

Néstor, el aprendiz sin fin

Néstor es un hombre que debe tener una cincuentena poco más o menos. Lleva casi treinta años trabajando de electricista. “No soy electricista, argumenta él, soy instalador eléctrico que es muy diferente”. Pero en clase se lo conoce por “el electricista”.

Está en los cursos de preparación para la prueba de acceso a ciclos formativos de grado medio porque necesita tener un carné de instalador eléctrico con un título oficial, aunque sea mínimo. Desde el primer día te avisa que viene a clase “para trabajar”. Siempre se sienta en la primera fila y trae los deberes hechos. Incluso te entrega el material extra que no hay que hacer. “Yo de pequeño era muy travieso. No me reconocerías. Nunca hacía caso a los profesores y siempre iba a la mía”.

Sí que lo puedo reconocer, pero todavía conserva una mirada viva, con unos ojos siempre alerta. Se nota que ha sido toda la vida un hombre inquieto y un poco inconformista. Siempre busca un segundo sentido a los argumentos y aprendizajes que se dan en clase y hace reflexionar a los más jóvenes con sus cuestionamientos provocadores. Es rápido y listo y el aprendizaje reglado le es relativamente fácil.

Pero algunos días se siente decepcionado con el grupo. “No pensaba que aquí me encontraría con niños de esta edad que lo que parece que vengán a hacer es a fumar porros y a pasar la tarde. Vienen obligados y esto se nota. Yo no estoy aquí para perder el tiempo, vengo a sacar la mejor nota posible en la prueba de acceso. Continuar en mi trabajo depende de esto. Pero a ellos parece no importarles”.

Néstor ha apadrinado a un chico joven. Siempre se sienta a su lado y lo anima a seguir las clases. Cuando tiene dudas le ayuda y se ha generado una simbiosis muy

provechosa entre ambos. Néstor tiene la oportunidad de explicar lo que ha aprendido en clase, y Marc tiene la suerte de tener un buen maestro aprendiendo a su lado. Pero no siempre es así. En inglés se da la vuelta a la tortilla y es Marc quién -con menos paciencia- le ayuda tímidamente a seguir las clases. Es verdad que a veces disfrutas mucho como profesor, observando la simbiosis que se da en la clase. Identificarla y fomentarla es un buen aprendizaje.

A pesar de esto, a veces Néstor no entiende que se tenga que invertir tiempo en dinámicas para hacer reflexionar a los jóvenes sobre la convivencia y el establecimiento de unas normas en clase. Él viene a hacer temario y cualquier cosa que se salga del temario, es una pérdida de tiempo para él. De momento estoy intentando que el grupo salga de la individualidad y genere un sentimiento de grupo, donde siempre es más fácil cierto tipo de aprendizajes. Pero el grupo es heterogéneo en edades, habilidades y especialmente en necesidades y expectativas. Y por eso es probable que todavía no hayan llegado a aquel punto tan fructífero donde el sentimiento de pertenencia a un grupo y la colaboración mutua te ayudan a multiplicar los aprendizajes.

Hans, una estancia intensiva de formación

Hans es alemán. Apareta tener unos treinta años. Trabaja en una empresa alemana que les da una semana al año para formación. En Alemania esta práctica es habitual, por lo que me comentan. Cómo muchos compañeros suyos prefiere no coger las vacaciones de formación un año y juntarlas con las del año siguiente. Así, pues, ya tenemos a Hans en “mi” academia haciendo una estancia de dos semanas en Barcelona para aprender español de forma intensiva, tres o cinco horas diarias, con deberes por las tardes -¡no vayas a olvidarte de ponerlos!-, que normalmente los hará.

Los dos primeros días Hans y sus compañeros alemanes, mayoría dentro del puzzle centro y norte europeo de la academia, se comporta como los estereotipos rigen. Serio, rígido, disciplinado, metódico, frío desde mis parámetros perceptuales, superpuntual (*o clock*, le llamamos), sin fallar ni un día -ni el día que traía una resaca monumental-, ordenado y exigente. Puesto que está pagando, dice, la academia tiene que responder. Hay gente que llega a la academia como quien llega a un restaurante: *“yo quiero aprender el subjuntivo”*. Te dan ganas de gritar: *“Atención, cocina, una de subjuntivo”*.

Como otros muchos, Hans no parte de cero. En Alemania ya había empezado a estudiar español y por lo tanto me está comparando constantemente con su profesor de allí, me evalúa en cada momento: *“es que mi profesor me dijo...”*. Ha aprendido o asimilado lecciones a menudo de forma parcial o errónea que hay que reordenar. *“La casa es cerca del metro”*. No, *“la casa está cerca del metro”*. A partir de una gramática

normativa enseñada durante mucho tiempo –e incluso ahora, como constato-, usa, por ejemplo, criterios de permanencia que no siempre rigen en el uso del español. Te dice en un español que he normalizado: *“Si la casa es permanente y el metro es permanente tengo que utilizar “ser” y no “estar”*”. Hans ha aprendido normas gramaticales, las ha memorizado, las repite mecánicamente, me rebate lo que le estoy explicando. Como la academia está cerca de la plaza Universidad les digo en broma, “la facultad de Matemáticas está en la calle de delante”.

Intento cuestionar sus afirmaciones, no desde la autoridad de la profesora, sino desde los argumentos, desde la reducción al absurdo de sus propuestas, poniendo ejemplos. *“La clase de hoy está aburrida”*. *“No, tú estás aburrido, la clase no puede estar aburrida, puede ser aburrida. Pero no porque tú estés aburrido, la clase está aburrida”*. Tengo que reconocer que tanto la distinción entre “ser” y “estar”, los verbos irregulares y los tiempos verbales hacen mucho la puñeta al aprendiz de español... y al profesorado. También me decía los primeros días, *“los finlandesas están serios”*. *“¿Ah, sí?, ¿están serios?, ¿por qué están serios?, ¿qué les ha pasado?”*. Les impresiona que en vez de corregir, cuestiones para llevarles a descubrir el uso correcto de la lengua y de una gramática comunicativa o cognitiva. *“Ser buena y estar buena no es lo mismo”*. A este tipo de estudiantes les gusta pensar y a menudo avanzarse en el estudio de las lecciones para no quedarse con el culo al aire cuando preguntas o provocas diálogos en clase.

“Quieres que vosotros vayáis a la playa”. Intentas averiguar qué regla está aplicando para producir esta frase. Igual ha entendido que el subjuntivo se aplica siempre cuando cambias de persona como, por ejemplo, *“Quiero que me compres un vestido”* Hay muchas situaciones en que la extrapolación de la regla produce errores comunicativos.

He encabezado el párrafo anterior describiendo los dos primeros días de Hans en la academia, porque con las compañeras hablamos de “la epifanía del tercer día”, usando un término de resonancias bíblicas grabado durante nuestra niñez. El miércoles de la primera semana todo cambia. Te han comparado, te han tomado la medida, han valorado tu respeto hacia sus personas demostrado en numerosos detalles, han evaluado tus conocimientos con relación a aquello que habían aprendido y ha obtenido, por suerte, un saldo positivo a favor tuyo, he pasado también el filtro emocional, y me los he ganado! El grupo ha tomado conciencia de grupo y con ellos también Hans. Del arisco exigente pasa a ser una persona cercana, simpática, enrollada, receptiva hacia los profesores o las profesoras. Uso aquí el plural, porque es una situación generalizada en la academia. Hans, y la clase en general, funcionan distendidos a partir de ese miércoles, tercer día, confiados – “lo que me digas me lo creeré” -, pero exigentes. No te permiten bajar la guardia ni a partir de “la epifanía del

miércoles”, y cuando por primera vez pretendes hacer simulaciones – “*vamos a hacer teatro*” – te miran con una cara..., “hemos venido a aprender y no a perder el tiempo”.

Al comienzo se cortaba cuando tenía que hablar. Si no sabía una palabra hojeaba impaciente el diccionario o la decía en inglés. ¡Ah, dejadme explicar otra característica tipo! Son un poco reverenciales con el inglés. “*En la mañana*”. “*No, por la mañana*”. “*Pero en inglés se dice in the morning, y en alemán...*”. “*Me parece muy bien, pero como estás aprendiendo español no nos afecta, en español es por la mañana*”. A veces, él y los otros compañeros y compañeras pasan a la otra orilla, a la idea que en español todo vale, que no hay normas gramaticales y de uso. Vienen con normas aprendidas de forma rígida y ahora se encuentran que, en parte, sus dogmas gramaticales se van desmontando poco a poco.

Como en todas partes tenemos problemas de niveles. Me repito a mí misma un mantra: “cualquier grupo humano es heterogéneo y, por lo tanto, tengo que programar para la heterogeneidad y no para una homogeneidad inexistente, que sólo tiene vida en *el desideratum* imaginado de muchos profesionales de la enseñanza”. De todos modos, una organización mejor de la academia podría evitar ciertos desniveles poco operativos. Pero ya se sabe que en la academia la cuenta de resultados pesa en las admisiones. Como he dicho, Hans vino con un cierto nivel. Se quejaba que estábamos repitiendo. En general, se quejan más los que creen que tienen un nivel más alto que los demás: “*A mí ya me han explicado el indefinido y el imperfecto*”. “*Si ya lo sabías, ayuda al de al lado*”. Cómo me he ganado su confianza me hace caso. Entonces se da cuenta que no lo hace bien, que ayudando practica, se hace consciente de sus errores y aprende mucho más.

No siempre lo consigo. Con Hans fracasé cuando explicaba los verbos que rigen preposiciones. Me lo estudié a fondo porque ya no me acordaba bien. Traía la lección muy aprendida, pero el “*ir con*”, el “*ir a*”, el “*ir contra*”, el “*ir en*”,... fue superior a mi capacidad pedagógica. A pesar de que recuerdo que otro compañero suyo parecía que le decía en alemán, “¡pero si en alemán es igual!”. Tengo que reconocer, sin embargo, que el compañero fue más afortunado que yo. Con él lo entendió. Conmigo no había manera. Ya acostumbra a pasar.

Lena y Marit, a la aventura

Lena tiene unos dieciséis o diecisiete años. No es que haya muchos adolescentes en la academia, pero algunos hay, como Lena. Vino presionada por su madre a hacer una estancia de dos meses durante sus vacaciones. Era una aventura que ella no había escogido, pero no dejaba de ser una aventura. Normalmente los estudiantes extranjeros cuando llegan saben decir *sangría, paella, hola y adiós, me gusta el sol*,... Lena no sabía nada de español. Nada de nada. Hay que tener empuje, pensé, para

venir sin entender ni hablar nada. Claro que con el inglés podía defenderse. Este desconocimiento del español la hizo encontrarse en inferioridad de condiciones desde el primer minuto de la clase, pero lo superó y empezó bastante bien.

Pero de golpe se estancó. Venía a clase pero no avanzaba, ni le veía sentido a lo que tenía que aprender: *“¡otro pasado, otro pasado, si ya hemos hecho el indefinido!”*, entendía yo en su balbuceante español. Después de tres semanas me pidió repetir, aunque en mi opinión no lo necesitaba. Cuando los ejercicios eran acotados lo hacía bien, pero si los dejabas un poco abiertos, encogía los hombros y decía con una sonrisa, no lo sé hacer. Incluso empezó a faltar algunos días a clase. Pensé que había empezado a acordarse de sus amigas que había dejado en Noruega y que el rechazo que traía empezaba a ser de padre y muy señor mío, pero, por otro lado, parecía haber aceptado su nueva situación de estudiante forzada.

La cambiamos de clase y enseguida hizo un clic. Pronto descubrimos el problema. En la clase anterior no tenía buen rollo con el resto y por eso se había cerrado. Aquello que decía antes sobre la importancia del filtro emocional y afectivo. En la nueva clase se encontró con una finlandesa, Marit, algo mayor que ella, que en Sudáfrica daba clases de no sé qué y que venía ¡a hacer el subjuntivo! No os extrañe, cuando ya han hecho el pasado quieren hacer el subjuntivo, sí o sí, como si fuera otro grado. Marit sabía mucha gramática, pero era muy tímida y no dominaba la lengua oral. Era la típica “alumna diccionario” que si no sabe la palabra exacta no habla hasta que la encuentra y, a menudo, cuando la encuentra, usa una palabra polisémica que no corresponde, o el infinitivo “indio” del verbo.

Pero vuelvo a Lena. Se llevaba muy bien con Marit y entre esto y el hecho de repetir conocimientos empezó a responder. Tanto Marit como Lena eran bastante abiertas personalmente. Un poco cerradas, en cambio, en cuanto al concepto de cómo ha de ser una buena clase. Cuando se planteaban ejercicios de simulaciones para estimular el lenguaje oral o un juego de adivinar un personaje o una descripción de fotografías, no tenían sensación de estar trabajando clase hasta que no empezaba la gramática pura y dura. ¡Cómo si no fuera mucho más difícil preparar unas actividades dinámicas y animadas que no una clase puramente explicativa y pasiva!

Juanita, la lucha por la autonomía

Juanita es una mujer viuda con dos hijos, una hija y un hijo que vive en Rusia. Tiene 65 años y hasta ahora ha estado trabajando en una fábrica que elabora prendas de ropa de piel. Ha trabajado muchos años en la misma fábrica, pero no siempre haciendo lo mismo. En un principio su trabajo era estar en la cadena de producción, pero después de una época en que la empresa despidió a muchos trabajadores, Juanita se quedó de señora de la limpieza.

Es una mujer con un gran espíritu de lucha. Nos explicaba un día que ella cuando ya tenía los hijos un poco mayorcitos quería ir a trabajar para llevar dinero a casa, salir de casa y tener otros círculos de amistades. Pero su marido sólo le ponía pegas a todo y no quería que fuera. Le decía que dónde tenía que ir ella, que donde tenía que estar era en casa, que él ya ganaba suficiente dinero. Cuando por unas amigas conoció la asociación a la que ahora viene a clase quiso acompañarlas, y de nuevo se encontró con la negativa de su marido: “ya es tarde, ¿dónde quieres ir a estudiar a tu edad?, esto es cosa de jóvenes”. A menudo tampoco la valoraba e incluso, no le gustaba que otras personas valoraran y alabaran lo que ella hacía. Juanita sentía que su mundo se volvía pequeño y que se le negaban todos aquellos espacios donde su marido no era protagonista, o como mínimo se lo intentaban negar. Nos explicaba que a menudo le decía a su marido: *“al final, si por ti fuera, mí mundo sería una baldosa del suelo dónde sólo me quepan los pies”*. Pero a pesar de los momentos difíciles, las discusiones, los reproches y el mal humor de su marido Juanita no dejó de luchar por su libertad y por lo que ella quería y sentía que tenía que hacer. Ella mantuvo su matrimonio. A otras mujeres del colectivo la lucha por su autonomía como personas las ha llevado a la separación.

Ahora Juanita en la Asociación es una mujer con mucha iniciativa y empatía con la gente y con sus compañeras. Llegó a la clase de neolectura con muchas ganas de mejorar sus conocimientos y de abrir su mente a todo aquello que para ella era desconocido. Puede parecer que todo el mundo llega con una mente abierta, pero no siempre es así. Muchas de las personas que se acercan lo que quieren es mejorar y ampliar sus habilidades lectoescritoras, matemáticas y culturales, es decir, más centradas en conocimientos académicos y lingüísticos. Otros piden habilidades determinadas, plásticas y artísticas, encontrar espacios de relación o dominio de nuevas tecnologías (acceso y tratamiento de la información digital o internet), pinturas diversas, talleres de expresión corporal o baile. Todas estas competencias y habilidades son muy convenientes para la persona, pero a menudo no se valoran las competencias personales como la capacidad de autonomía y la iniciativa personal o las centradas en la convivencia, la ciudadanía común o el respecto al medio ambiente. Estas últimas no solamente son convenientes sino que son esenciales para muchos y muchas de nosotros que pensamos que la educación es una de las bases para la transformación social y para mejorar el mundo en el cual vivimos, nuestro día a día.

Juanita, a pesar de no haber podido ir mucho a la escuela cuando era pequeña, tiene una capacidad innata para ir más allá en sus pensamientos y reflexiones de lo que parece evidente. Este hecho se hizo más notorio al retorno de uno de sus viajes a Rusia para ver a su hijo y a su familia. Cuando llegó al aula todos los compañeros querían saber como le había ido en un país tan lejano para nosotros. Ella no se quedó sólo en los tópicos, sino que supo hacernos llegar un relato crítico y cercano de la realidad

social y económica a partir de la gente con quien había convivido en el barrio donde vive su hijo.

Todo ello me hace pensar qué importantes son las historias personales de cada uno de nuestros alumnos y que es cierta la afirmación que todos constantemente podemos aprender algo de los demás y todos podemos enseñar algo a los demás.

Carme Raichs: creatividad, energía y vida a través de la palabra

Carme apareció un día en el aula de informática de la mano de una compañera, una señora que ya asistía a clase. Me la presentó y enseguida me explicó que usaba el ordenador para escribir pero que quería aprender a hacer algunas cosas que le parecían muy complicadas. En aquel momento estaba iniciando, sin saberlo, una amistad con una persona que hoy es un ejemplo de vitalidad, creatividad y optimismo, y uno de los mejores regalos que me ha dado mi experiencia docente. Carme empezó a venir un par de días a la semana y enseguida me di cuenta que no estaba delante de una personalidad corriente: perfeccionista, curiosa, siempre con la sonrisa en el rostro.

Poco a poco fue cogiendo confianza y me empezó a mostrar su trabajo; y de repente, me sentía pequeño, muy pequeño, junto a aquella mujer que a pesar de sus dificultades con el Powerpoint era una escritora consumada con una imaginación y una capacidad creativa que enriquecerían mi vida para siempre. Carme ha publicado numerosas obras literarias, especialmente poesía: *Un tomb pel temps*, *Recull de pensaments*, *Poemes a tres temps*, *Mosaic poètic* y *Blau*, entre otros. Recuerdo que siempre llegaba a clase con alguna pregunta nueva... “Gabri, me tienes que explicar cómo se hace esto” y día tras día yo le echaba una mano en el ordenador y ella me mostraba las historias que traía en su cabeza y su particular visión del mundo, la visión de un espíritu inquieto, con una mente de niño que no para de imaginar y crear cosas... siempre de color amable y esperanzador.

Esta santboiana¹¹ nacida en Agramunt (Lleida) ya no es una alumna, ahora es una amiga, y continuamos aprendiendo el uno del otro, especialmente yo de ella. Ha ganado numerosos premios literarios como la Flor Natural de los Juegos Florales de Otoño que otorga la Generalitat de Cataluña, pero siempre dice que todavía tiene mucho por aprender. Además de escribir, colabora en el programa de radio “La vida a cierta edad”, organiza tertulias poéticas cada miércoles en la biblioteca, y también publica en un blog, con un poco de mi ayuda, poemas y reflexiones para un envejecimiento activo. Ha tenido que dejar las clases de poesía que daba para gente

[11] De Sant Boi del Llobregat, un pueblo de Barcelona

mayor, la edad no perdona, dice, pero ya me gustaría tener la mitad de su vitalidad de aquí a 30 años.

Estas son sus palabras sobre la experiencia en el uso y aprendizaje de las TIC:

“Hoy, la tecnología no es ningún misterio para la gente mayor, a pesar de que nos deja agotados. Estamos entrando en un tiempo en que los jubilados desterramos el miedo –de la ignorancia- de hacer cursillos para aprender a saber nadar en este inmenso mar de la red informática que nos permite –desde casa, desde los centros culturales o asociaciones y también desde las bibliotecas- entrar en este fascinante mundo de Internet. Y por cierto, no se nos caen los anillos por preguntar cualquier duda que tengamos a nuestros nietos. Estos mozos, pequeños profesores de la más moderna tecnología informática.

El colectivo de la gente mayor hemos dado un paso de liebre al no querer quedarnos atrás, por el contrario, ¡queremos estar al día! Bastante sabemos todos, que cada nueva etapa sirve para enriquecer nuestros conocimientos mientras damos agilidad a las manos. Al manejar el teclado, sacamos el polvo de la mente, acertando y equivocándonos en este aprendizaje; decía mi abuela siempre: haciendo y deshaciendo la gente aprende. Y con el proceso adecuado cada uno de nosotros, hoy con Internet, tenemos una herramienta de comunicación. A la gente mayor se nos ensanchan los horizontes y se nos abren las puertas a todos los países del mundo.

Si todavía hay entre el colectivo de gente mayor alguien que está dudando en acercarse a esta tecnología de la informática, desde nuestra web os animamos a que lo hagáis, aunque al principio nos agote. No nos vale la frase: ¡ya llego tarde! Si uno quiere, nunca llega tarde. El colectivo de gente mayor, tenemos voz, ilusiones y ganas de ser parte de la sociedad. Jubilados no quiere decir acabados, todo lo contrario; tenemos mucho que decir, mucho por hacer en el tiempo de nuestro otoño. Por eso, el primer paso, es hacer un buen reciclaje de nosotros mismos. El segundo paso es saber querernos, a nosotros, para hacer crecer la autoestima, para así, poder querer a los otros sin ningún prejuicio y, el tercero, trabajar con todas nuestras fuerzas por un envejecimiento activo, digno y positivo, siempre, con la fuerza de un buen diálogo: escrito o bien hablado. ¡La comunicación es vida!

¡Fuera e miedo y aprende informática, que rejuvenece las neuronas!”

Breve reseña profesional del grupo de trabajo y de las colaboraciones

Xavier Aranda Nicolas

Desde 1991 está vinculado a la formación de adultos en centros penitenciarios. Actualmente es director docente y profesor en el CFA (centro de Formación de Adultos) Jacint Verdaguer de la prisión Modelo de Barcelona y profesor asociado en el Departamento de Didáctica y Organización Educativa de la Universidad de Barcelona (UB).

Eva M. Bayarri Virgen

Técnica de Normalización Lingüística del Centro de Normalización Lingüística de las Tierras del Ebro (CPNL) y coautora del material *Xerrameca*, dirigido a alumnado de catalán poco o nada alfabetizado en los niveles Inicial y Básico.

Ferran Bolós y Martínez

Educador de vivencias y de sentimientos, a pesar de que no de formación. Su vocación es el trabajo educativo con los jóvenes, especialmente, aquellos que tienen más dificultades. Ha vivido en Marruecos y en varias ciudades de Cataluña y Andalucía. Postgrado en Estudios Africanos por el CSIC. Ha trabajado en centros abiertos y en cooperación internacional. Ha sido voluntario de varias organizaciones no lucrativas en el ámbito socioeducativo. Actualmente es director titular de un centro abierto de atención a niños y adolescentes en situación de riesgo.

Meri Chiné Labrador

Educadora Social e Integradora Social. Experiencia laboral en el ámbito de la atención a la infancia y la adolescencia en riesgo y en el trabajo con colectivos de población con dificultades especiales de inserción. Actualmente, trabaja como educadora social en el Centro Abierto "Eixample" y es colaboradora desde el año 2004 de la asociación Espacio de Inclusión y Formación del Casco Antiguo de Barcelona (EICA); entidad en la cual ha sido Coordinadora del Proyecto Ta-axira: proyecto de educación integral con jóvenes MMNA (Menores Migrantes No Acompañados).

Mònica Díaz García

Diseñadora Gráfica y Maestra de Educación Primaria. Desde 2003 vinculada a asociaciones de formación de adultos, como trabajadora y como colaboradora.

Especialmente en la Asociación Cultura Viva y en el Colectivo Suma de Sant Boi de Llobregat.

Mireia Escobar Calzada

Licenciada en pedagogía por la Universidad de Barcelona. Master en “Menores en Situación de Desprotección y Conflicto Social” de la Universidad de Vigo. Actualmente trabaja de educadora especializada en *Save the Children* y coordina el proyecto de jóvenes Ta-Axira de EICA, al que está vinculada desde el año 2010.

Alfons Formariz Poza

Maestro de educación de personas adultas. Profesor de la asignatura “Alfabetización y Educación Básica de Adultos”, en la Diplomatura de Educación Social de la Universidad Ramon Lull (1993-1996) y de las asignaturas “Educación de Adultos” y “Formación Permanente” en la UB (1996-2006). Secretario del Consejo Asesor de Formación de Adultos de la Generalitat de Cataluña (1993-2007). Colaborador de EICA.

Victoria dels Àngels Garcia Anguita

Vinculada a la educación de personas adultas desde el año 1974. Maestra de la Generalitat desde 1983 hasta 2008. Profesora de la asignatura de Educación Permanente desde 1995 hasta el año 2000 en la Universidad Ramon Lull. Profesora del postgrado de “Educación de Adultos” de la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1989 hasta el 1993 y del Máster de “Educación de personas adultas” de la UB de 1990 a 1993. Ha colaborado en EICA.

Gabriel González Carrillo

Formador en temas TIC para colectivos con riesgo de exclusión, vinculado al programa Òmnia del Departamento de Bienestar Social desde el año 2001, primero en Marianao (Sant Boi del Llobregat) y después en la Fundació Esplai. Actualmente compagina su tarea como formador de profesionales en el ámbito social y pedagógico con la elaboración de contenidos y la tutorización en formaciones en formato e-learning y b-learning, y el trabajo en el ámbito de aplicación de la tecnología para la mejora de la calidad de vida de las personas con discapacidad.

Marta Martínez Ripoll

Licenciada en Filología Catalana por la Universidad Autónoma de Barcelona. Diploma de capacitación de profesora de español para extranjeros en International House de Barcelona. Curso de postgrado Educación e Inmigración por la Universidad Oberta de Catalunya. Trabaja en el Consorcio para la Normalización Lingüística de Barcelona.

También ha trabajado en escuelas de secundaria y en la corrección y traducción de textos orales y escritos.

Bep Masdeu Asperó

Maestro de educación de personas adultas, ha impartido los créditos de "Sociología de la educación" y "Alfabetización y educación de personas adultas" en la Universidad de Barcelona, ha sido director del Instituto de Educación Secundaria "Llobregat" de l'Hospitalet de Llobregat y ha participado como ponente en cursos de formación de los equipos directivos de los centros de secundaria. Ha colaborado en EICA.

Natalia Núñez Gimeno

Licenciada en Ciencias Ambientales. Máster en Formación de Personas Adultas (UAB-UB). Ha sido colaboradora de EICA, en el CFA La Concordia (Sabadell) y en el programa de formación a personas presas de Can Brians. Ha trabajado de profesora de adultos en la escuela Maria Saus de Canet de Mar.

Isis Sainz Planas

Diplomada en educación social, especializada en educación de adultos. Ha trabajado y colabora en la Escuela de Adultos de la Verneda, así como en otras entidades y proyectos de acción social y de desarrollo comunitario. Actualmente coordina los cursos de lengua de Apropem-nos en el barrio barcelonés de Poble Nou.